

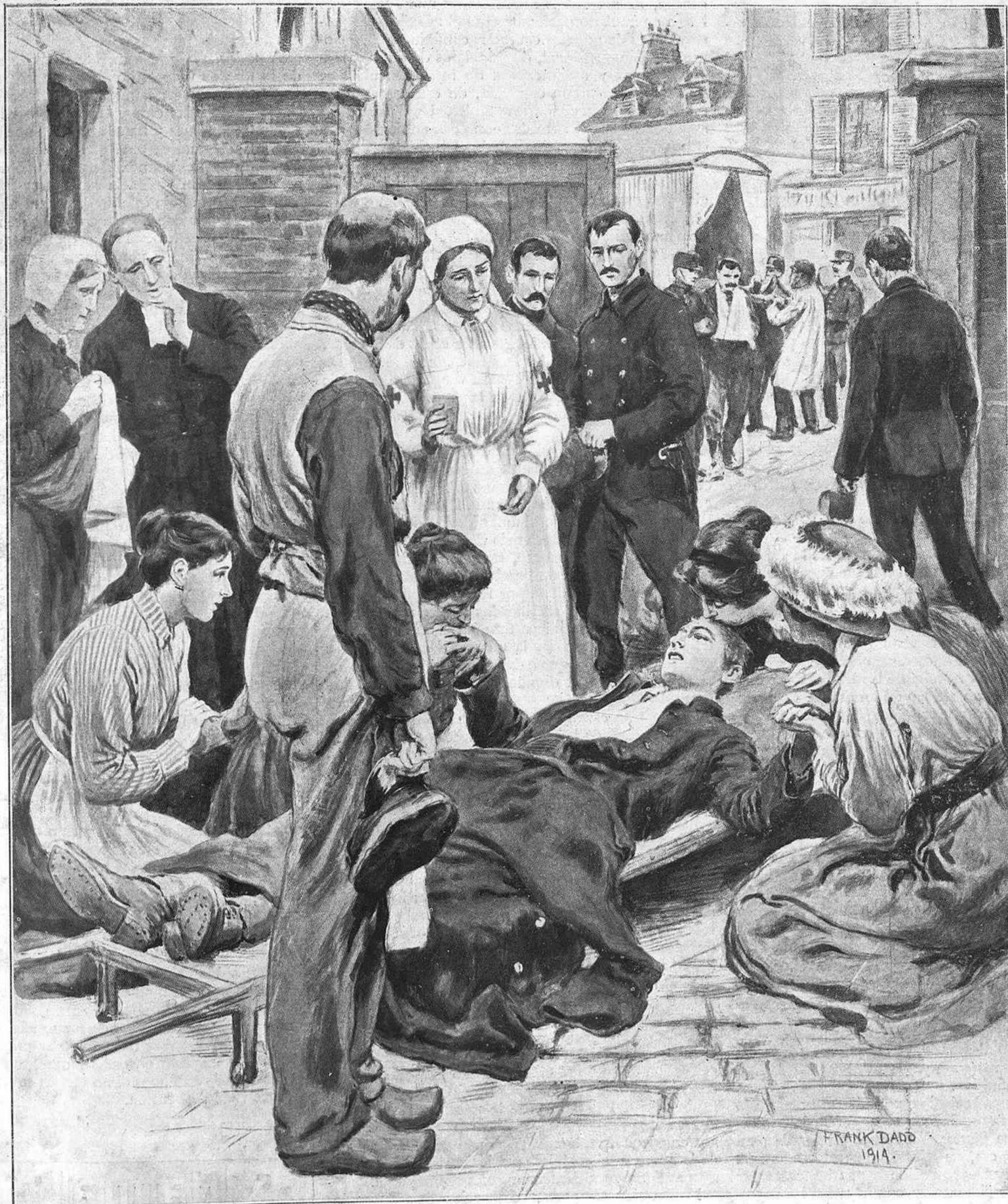
La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 7 DE SEPTIEMBRE DE 1914

Núm. 1.706

LAS TRISTEZAS DE LA GUERRA



Damas belgas confortando a un héroe en sus últimos momentos

Dibujo de Frank Dadd, según notas de un testigo ocular

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo tercero de la serie correspondiente al presente año, que es

OBRAS DE ENRIQUE HEINE

La traducción en verso de las OBRAS DE ENRIQUE HEINE ha sido hecha por el celebrado poeta D. José Pablo Rivas, quien, en su versión castellana, ha sabido conservar toda la frescura, todo el sentimiento de las composiciones originales, ajustándose al propio tiempo estrictamente a la métrica de las mismas.

El tomo va ilustrado con profusión de láminas y grabados intercalados en el texto.

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *El rey Alvar*, por M. Ferrandis Agulló. - *La guerra europea*. - *El juramento de Nadia* (novela ilustrada; continuación). - *Roma. La elección del nuevo Papa Benedicto XV*. - *La Garriga. Teatro de Naturaleza. Bosque d'en Tarrés. «La Viola d'or», letra de Apelles Mestres, música de Enrique Movera.* - *El Sacro Colegio de cardenales.*

Grabados. - *Damas belgas confortando a un héroe en sus últimos momentos*, dibujo de Frank Dadd. - Dibujo de Carlos Vázquez, que ilustra el cuento *El rey Alvar*. - *Sir John French, general en jefe del ejército inglés.* - *París. La primera bandera tomada por los franceses a los alemanes.* - *La guerra europea. El ejército expedicionario inglés.* - *El ejército alemán.* - *Mapa de Alemania.* - *El ejército ruso.* - *Los voluntarios belgas en París.* - *En Berlín.* - *Monseñor Santiago Della Chiesa, elegido Papa el día 3 del actual.* - *La multitud en la plaza de San Pedro después de la proclamación del nuevo Papa.* - *La Garriga. Estreno de «La Viola d'or».* - *Barcelona. Cardenales españoles a bordo del vapor «Buenos Aires».*

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

Barcelona, durante ese pasado mes de agosto, ha ofrecido un aspecto de animación por completo des acostumbrada en los veranos anteriores. Salta a la vista la afluencia de extranjeros, refugiados o en expectativa de embarque y nuevo dirección, que aquí se han dado cita con motivo de lo que, para entendernos, hemos convenido en llamar «las presentes circunstancias».

En las calles, en los paseos, en los cafés, en los tranvías y por dondequiera échase de ver un aumento de población que contrasta con la relativa soledad de los otros años en la época estival. Esa concentración de fugitivos basta por sí sola a explicar la magnitud de la catástrofe y a darnos la sensación viva de otras calamidades históricas que, leídas en los libros, nos habían llenado de angustia y de asombro, sin alcanzar a imaginarlas bajo formas concretas y tangibles.

Así, por ejemplo, las emigraciones de la Revolución francesa y las que promovió, un poco más tarde, la invasión de España por los ejércitos de Napoleón. Entonces también el miedo, el instinto de la vida o la pura necesidad determinaron esas desbandadas de gentes que buscaban refugio en nuestra Península o corrían a encerrarse en Cádiz o en Mallorca para sortear la marcha de las tropas imperiales y los horrores de un sitio o de un asalto. Entonces también conocieron nuestras ciudades esas turbas de extranjeros o de forasteros ociosos que mataban el tiempo en la calle o las añejas horchaterías de antaño, devorando su angustia y descabelladas esperanzas y dando crédito a las más enormes exageraciones, si ellas prometían el próximo triunfo de su causa y la de su nación.

¡Pobre humanidad que creía pasados para no volver esos días aciagos y calamitosos, que se había acostumbrado a las dulzuras de la paz y de la engañosa molición de la civilización y que le ha tocado ahora en suerte vivir una de las mayores y más crueles tragedias de la historia! Porque la sorpresa ha sido tan grande que apenas comenzamos a darnos cuenta de su verdadero horror, de sus exactas proporciones y medidas. Cuarenta años de paz ininterrumpida en el genuino solar de Europa, cuarenta años de progreso y de internacionalización de ese progreso habían adormecido al mundo, poco a poco, en la creencia de que esa paz no era ya un estado aparente, sino una realidad definitiva.

De aquí que pueda decirse no haberse presentado en diez siglos una conflagración mayor ni haber coincidido con una generación menos preparada para soportarla. ¿No era, en efecto, general esa íntima creencia de la paz europea, de la paz impuesta por los avances de la civilización, contra todas las sugerencias y síntomas que pudiesen anunciar la proximidad de los días de sangre? Oíamos hablar a menudo, pero como quien oye llover, de los conflictos y cuestiones de la diplomacia: cuestión de Oriente,

cuestión balcánica, cuestión marroquí. Discutían en los periódicos, los especialistas, sobre armamentos y defensas y sobre supuestos estratégicos de invasiones bruscas y de violaciones de la neutralidad. ¡Cuán lejano, cuán hipotético nos parecía todo eso no hace más que cuarenta días!

Y, sin embargo, los profetas lúgubres y los agoreros de funestos presagios han tenido razón. En cuarenta días hemos pasado del más dulce de los sueños a la más acerba y desconsoladora realidad. La gran máquina de Europa, ese cronómetro admirable que andaba acordado y rítmico, sujeto al mismo compás y al mismo horario, quedó parado el 28 de julio. Peor que parado: roto, maltrecho, girando infernalmente unos contra otros sus ruedas y engranajes; cebándose en sí mismo a la antigua inteligencia previsorá que regulaba sus menores movimientos hubiera sucedido una ráfaga de locura universal, precursora de los días del Anticristo.

¡Cuán destrazo en unas semanas, cuánto estrago! Estrago material, de centenares de miles de vidas sacrificadas, de centenares de millones arrojados al mar, de tesoros dilapidados en el pillaje y el incendio, de maravillas arrasadas en una hora y que había acumulado pacientemente el trabajo y la perseverancia de muchas centurias e infinitas generaciones. Estrago espiritual, de principios de eterna justicia violados y escarnecidos, de leyes conculcadas, de ideales rotos con estrépito, de estados de conciencia que parecían irrevocables. Una noche, un soplo han bastado para dar con ellos en tierra y para descubrir todo lo que latía bajo el barniz superficial de nuestra decantada civilización.

Indignarse un día esos mismos pueblos en lucha por entender desmesurada la represión que los gobiernos españoles debieron oponer a la sublevación anarquista de Barcelona. Tres sentencias, mejor dicho, una sentencia de pena capital, impuesta con arreglo al Derecho que rige en España por el tribunal competente según el mismo Derecho, pareció, hace cinco años, el colmo de la verdad, París, Berlín, Roma, Bruselas, todas las grandes urbes de Europa, y en poco estuvo que las legiones extranjeras no entrasen en nuestro territorio para vengar los fueros de la humanidad atropellados en la persona de una víctima, cuyos milagros no conocían esas multitudes exasperadas...

Pues bien; a la vuelta de cinco años, la Europa, que se llamaba «consciente» entonces, ha parado en el espectáculo que hoy tenemos a la vista. ¿Quién se acuerda de Ferrer y de la algarada ferrerista? En nombre de qué principio de humanidad o de clemencia podrá hablárenos nunca más de ese episodio? Todo ello parece lejano, remoto, sarcástico. Ahora ya no se trata de la vida de un hombre: se cuenta por compañías, por regimientos, por legiones, por ciudades enteras inmoladas y sacrificadas al dios repulsivo de la brutalidad y a la inicua tiranía del más fuerte contra la razón, la justicia, la misericordia y todos los grandes postulados que habían constituido hasta ahora el aire vital y el orgullo de las sociedades modernas.

Tabla rasa está haciendo el mundo de estos postulados y de toda la escala de valores que creyó conquistada definitiva de nuestro tiempo y tesoro incorporado para la paz a la humanidad. Había creído imposible la guerra entre los grandes pueblos civilizados y esa guerra se ha presentado en una extensión, y con un alcance, y servida por unos medios destructores que no presentó jamás. Había confiado en que las ideas pacifistas constituirían un dique bastante poderoso a moderar todo impulso bélico o que el comercio con su urdimbre y cruce de intereses extendidos a todo el planeta, moderarían los ímpetus nacionalistas y patrióticos, origen de los conflictos armados.

Piadoso error: el pacifismo de los socialistas adoleció siempre, por desgracia, de cierta falta de sinceridad. Tratábase más bien de un recurso de propaganda y de una plataforma que de una idea profundamente sentida. Más que del odio a la guerra en sí se trataba del odio al ejército como instrumento de coacción en lo interior, como apoyo de la actual organización del Estado y de la riqueza. Ha llegado el instante crítico y los socialistas, con las excepciones consiguientes, han caído por lo general del lado de la guerra y el prejuicio patriótico se ha impuesto a su antiguo y romántico ensueño cosmopolita.

No ha sido tampoco el comercio más afortunado y eficaz. ¡Como que el origen de todo debe buscarse en su expansión, en su competencia, en el peligro de los acaparamientos y de las exclusiones, en la incertidumbre de ser o no ser, de ganar o perder mer-

cados! Y he aquí otro sofisma: el de la tendencia universalizadora del tráfico mercantil. Es cierto que acerca distancias, que pone en relación unos hombres con otros y que en la esfera individual obra a menudo ese resultado de atemperar y suavizar los exclusivismos de raza y de nación. Pero en esa lucha de intereses debe buscarse la definitiva explicación de las luchas armadas y en el temor de perder lo adquirido o en la ambición de en último término, hace avanzar a los ejércitos y las escuadras...

Así, no repuestos todavía del primer asombro, vamos anotando, como en un inventario o lista dolorosa, todas las piezas que caen hechas añicos en esa gran rotura: toda una ideología, todo un sistema mental y afectivo que se hundió en el pasado pudo hundirse la deleitosa Atlántida. ¿Cómo saldrá de resquebrajada o forjada a un nuevo temple el alma del mundo después de la gigantesca conmoción? ¿Cómo obrará sobre el espíritu universal un desengaño tan desesperado y estupendo? He aquí la interrogación dolorosa, trágica, preñada de incertidumbre y de milenar terror que nos tiene a todos suspensos.

* *

A todos, no, precisamente. Porque abunda más de lo que se cree el hombre que no se entera de nada, el hombre abstraído, el hombre que no da importancia a las cosas, el hombre que lee con un retraso de un mes y hasta entonces no se forma cargo de la situación, etc., etc. Cuidado que lo que ocurre es impresionante. De mí puedo decir que me cuesta una gran violencia contener la atención en un asunto o trabajo que no se refiera al actual conflicto. El terror que hoy se cierne sobre nuestro desventurado planeta tiene no sé qué de excluyente, de exclusivista: acapara por entero nuestra sensibilidad, nuestra inteligencia, nuestros nervios y todos nuestros instantes.

Sin embargo, no hay regla sin excepción y es preciso mencionar la de esos hombres impertérritos que mientras se hunde el mundo y se desploma sobre nuestras cabezas la bóveda celeste, continúan cuidando su cría de canarios o se nos acercan para hablarnos de un proyecto de sociedad filantrópica y pacifista que van acariciando hace tiempo, o nos piden una entrevista para leernos un articulo sobre reformas en la enseñanza de párvulos.

Para esos seres diríase que no existe lo anormal y que viven tapiados a piedra y lodo entre sus semejantes. Pasan por la vida sin vivir más que su vida egoísta e individual, sin percibir el rumor de las trombas que lo Oculto hace rodar sobre la faz de la tierra ni alcanzar una sola vez la visión de los conjuntos humanos. Insensibles, casi idiotas, conservan la imperturbabilidad, hija de la ignorancia, durante todo el tiempo que arden su barrio, su calle, la casa contigua a la suya; y pasan de una indiferencia imbecil a una desolación más imbecil todavía así que el fuego prende en su propio edificio, incapaces de enlazar aún entonces el origen de ese incendio con el precedente.

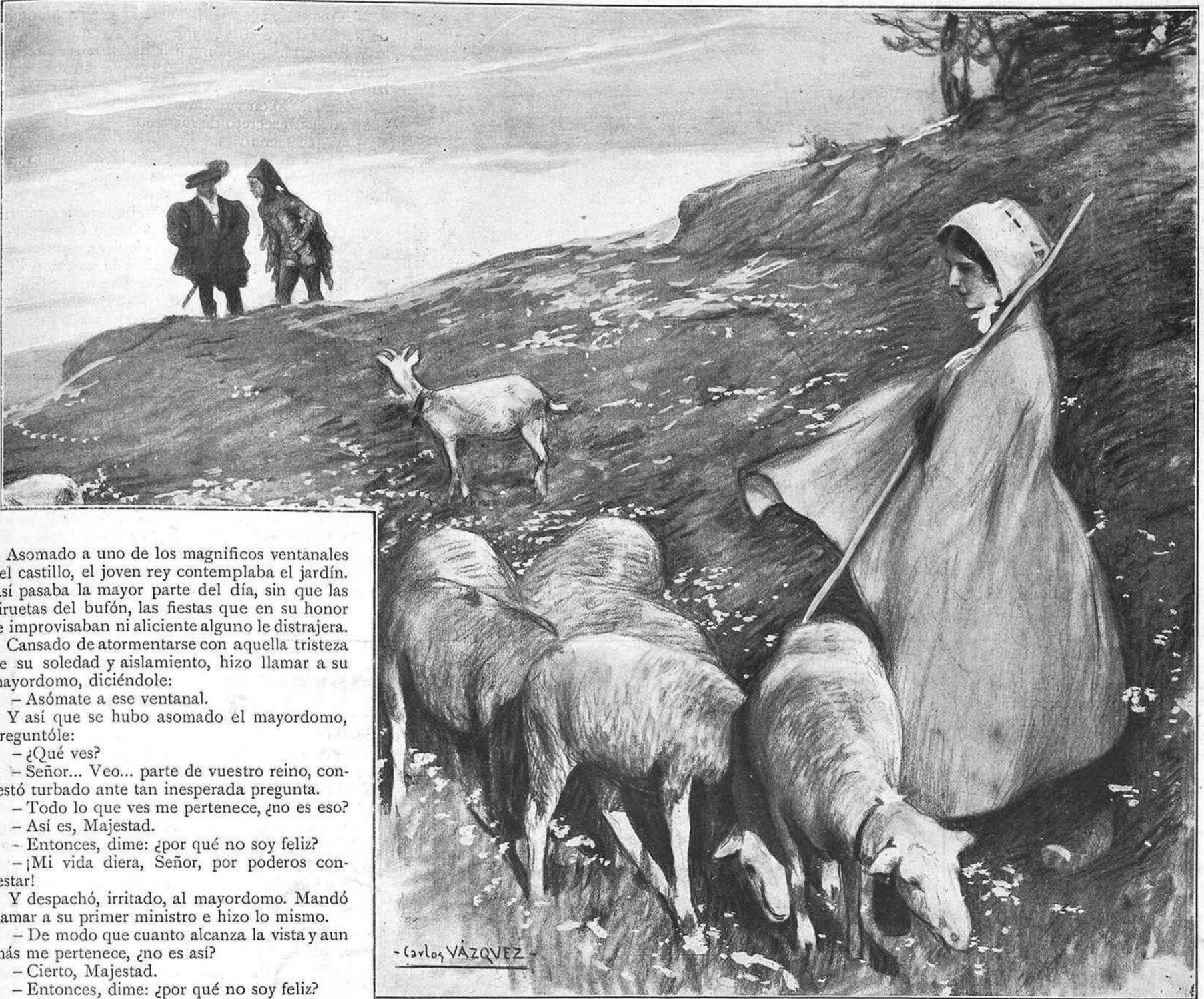
Algunos investigadores de la Revolución francesa han descubierto y descrito el tipo del ciudadano que pasó de un cabo al otro de aquella extraordinaria convulsión sumido en el limbo de la inconsciencia, y absolutamente ajeno al drama que todo lo había revuelto y subvertido: pastores aislados en sus altas mesetas, solitarios de los bosques o de las sierras escarpadas a quienes en vano se hubiera preguntado lo ocurrido en Francia y si todavía reinaba Luis XVI en 1830... Ese tipo no será, ciertamente, desconocido del lector y yo he tenido ahora ocasión de apreciarlo.

Si le conviene se mostrará partidario de la moral para sobreseer en sus pagos, para no cancelar sus letras ni atender sus vencimientos. Lo que no alcanzaréis de él es que se apeee momentáneamente de su tema o de su manía, que tome parte en la preocupación general, que se sienta solidario con los demás hombres, que renuncie a sus aficiones de los días normales y, sobre todo, que comprenda el poco interés que inspiran en estos momentos las elucubraciones más sublimes si no versan sobre la actual y nunca vista desventura.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

EL REY ALVAR, POR M. FERRANDIS AGULLÓ, dibujo de Carlos Vázquez



Asomado a uno de los magníficos ventanales del castillo, el joven rey contemplaba el jardín. Así pasaba la mayor parte del día, sin que las piruetas del bufón, las fiestas que en su honor se improvisaban ni aliciente alguno le distrajera.

Cansado de atormentarse con aquella tristeza de su soledad y aislamiento, hizo llamar a su mayordomo, diciéndole:

- Asómate a ese ventanal.

Y así que se hubo asomado el mayordomo, preguntóle:

- ¿Qué ves?

- Señor... Veo... parte de vuestro reino, contestó turbado ante tan inesperada pregunta.

- Todo lo que ves me pertenece, ¿no es eso?

- Así es, Majestad.

- Entonces, dime: ¿por qué no soy feliz?

- ¡Mi vida diera, Señor, por poderos constatar!

Y despachó, irritado, al mayordomo. Mandó llamar a su primer ministro e hizo lo mismo.

- De modo que cuanto alcanza la vista y aun más me pertenece, ¿no es así?

- Cierto, Majestad.

- Entonces, dime: ¿por qué no soy feliz?

- ¡Oh, Señor!.. Quizás sea porque nadie en este mundo pueda serlo, que es la vida una continua ilusión y cuanto alcanzamos, sin duda por el mero hecho de ser nuestro, pierde su encanto. Y vivimos así siempre, soñando en un ideal que nunca llega.

Tampoco le satisfizo la contestación del ministro e hizo llamar al bufón, que entró dando saltos y haciendo muecas.

- ¡Fuera esa máscara, Roldán!.., díjole el rey. Algunas veces me has dicho que bajo tu grotesca apariencia, guardabas un alma que sabía de la vida, de sus amarguras y placeres.

Irguióse el bufón, borrarle la mueca de su cara y, sorprendido por aquellas palabras, respondióle:

- Así es, Señor.

- Entonces, dime: ¿por qué siendo yo tan poderoso no soy feliz?

- Porque no habéis amado nunca, contestó con aplomo el bufón.

El rey quedó extático mirándole. Al fin dijo:

- Amo a mi pueblo, bien lo sabes.

- Pero no podéis vivir de su amor, porque vos mandáis y él obedece. Para vivir de un amor, hay que ser tirano y esclavo a la vez.

- Tal vez tengas razón. ¿Y crees tú que yo podría encontrar una mujer a quien amara?

- Probablemente.

- Seguro, dirás. ¿Qué mujer no iba a aceptar gustosa no sólo mi amor, sino mi trono?

- Precisamente en eso está el mal. Porque sois rey todas os jurarán quereros, y no sabréis nunca cuál os quiere en verdad.

Nuevamente el rey quedó mirando al bufón.

- Según tú, en mi grandeza estriba la causa de mi desgracia.

- Pudiera ser que sí.

- Carlos VÁZQUEZ

... vieron a una hermosísima zagala al cuidado de un rebaño de blancos recentales

- Por tanto, para buscar esa mujer que puede hacerme feliz, ¿sería preciso que me amara antes de saber que era rey?

- Seguramente.

- Pues dejade de ser bufón y serás mi compañero. Mañana al amanecer saldremos de este palacio en busca del ideal.

Anduvieron muchas horas alejándose de la corte.

- Esta tierra que pisamos, ¿aun es mía?, preguntaba el rey.

- Aun es vuestra.

- ¿Y aquellos montes?

- También vuestros.

- ¡Cuán grande es mi reino!..

Al llegar a un altozano, vieron a una hermosísima zagala al cuidado de un rebaño de blancos recentales.

- Mira, Roldán, qué hermosa criatura.

- ¡Oh, no, Señor!.. Fijaos, fijaos bien. ¿La visteis detenidamente?

- Tanto no diré, más bella parecióme al pronto.

- Ved sus ojos, su boca. Sus facciones no guardan proporción.

- Es cierto, no me fijé. Tienes razón.

- Pues siento, señor, teneros que decir que es bellísima sobre toda ponderación.

- Así opiné yo. ¿Por qué, pues, me contradijiste?

- Para que aprendáis a tener juicio propio. Que está muy en uso el juzgar más por lo que los otros piensan que por lo que uno mismo ve.

- De veras te agradezco la enseñanza y he de procurar no olvidarla. Pero dime: siendo yo rey y dueño de todo, ¿no podría llevarme a esa zagala?

- Nada conseguiríais si ella no os amara, y segu-

ro que no os había de amar si la robarais. Siempre para ella seríais un ladrón por más rey que fueseis.

Hablaron con la pastorcilla y fingieron señores que iban de paso. Dijeron de lo maravilloso que estaban de aquellos parajes y pidieronle albergue para poder pasar allí unos días. Solicita la zagala acompañólos a la aldea, y en la misma casa de sus padres moraron. Y por unos días el rey trató a Claudia, que así se llamaba la zagala; la acompañaba al monte adonde iba con su rebaño, la regalaba con moras y madroños, la tejía guirnaldas de florecillas silvestres.

Pasaron días, y uno de ellos dijo el rey a Roldán:

- Ya sé que me ama Claudia. Yo no puedo aún asegurarte si la amo.

- No; que tal vez yo también la quiera.

- Estad seguro que no.

- ¿Por qué?

- Porque ella ya os quiere y aun no habéis pensado en quererla. No podréis ser héroe por conquistar lo que ya sabéis que os pertenece. Seríais tirano nada más.

Y cuando abandonaron la aldea iba muy triste el rey.

- No creí que fuera tan triste la realidad. Me atormenta el pensar que Claudia sufra por mí...

- ¡El dolor!.., dijo Roldán. El único legado común a todos los mortales. No olvidéis que vos también lo heredasteis aun siendo rey.

En una ciudad a que llegaron vió el rey a una doncella más bella y pura que un rayo de sol. Y sintióse cautivado por ella.

Hicieron alto en la ciudad y allí establecieron vivienda, pasando por magnates de lejanas tierras. El esplendor y boato con que vivían les hizo pronto fama, y no tardaron en poder relacionarse con la bella objeto de la pasión del rey.

Hasta la ciudad parecía hermosa como aquella casta doncella. Parecía de ensueño sus palacios y sus jardines, y de ensueño también las fiestas que allí se celebraban. Y en aquellas noches de sin par belleza, por entre aquellos vergeles de altísimos árboles y flores mágicas, a los incógnitos resplandores de policromos fanales y al romántico gemir de gatas melodías, el rey acompañaba a Helena y sentíase revivir así que su pasión se acrecentaba. Una de aquellas noches confesóle su amor..., y ella contestó con risas...

— ¡Cuánta razón tenías!, dijole el rey a Roldán. Ya como mi alma. La he confesado mi amor y se ha retirado... ¡Pero he de conseguir que me quiera!

— Marchémonos ya.

— ¡Oh, no! ¡Que la adoro!

— Pero ella no os querrá nunca.

— ¿Por qué?

— Porque vos la queréis y ella aun no ha pensado en querer. Nunca podréis triunfar sobre la indiferencia. Para ella ha de ser mayor el triunfo de despreciaros cuanto más la améis.

— ¡Le diría que soy rey, si fuera preciso!.

— Y entonces os mentiría amor. Seríais tan sólo esclavo.

— Si, tienes razón. ¡Huyamos de aquí, huyamos!.

Y cuando salieron de la ciudad el rey iba muy triste.

— ¿Por qué sentiré tanto abandonar a la ingrata?

— Porque ya vais viviendo. Cuanto mayor sufrimiento atesoréis, más pronto conoceréis la dicha. Quizás si podéis, más pronto la encontraríais aun en el mismo dolor. Sigamos. Nada os preocupe. La vida dirá.

Yendo por un camino alcanzaron una comitiva que iba en la misma dirección. Componíase de varios conductores que conducían un rico palanquín, en el que viajaba una hermosa doncella. De elevado rango y regia estirpe debía ser, a juzgar por el lujo de su servidumbre, en la que figuraban dos viejos criados que caminaban uno a cada lado de la silla.

Había una cristalina fuente a la misma orilla del camino, y allí se detuvo la comitiva al mismo tiempo que llegaban el rey y Roldán, que también se apearon de sus caballos, dejándolos al cuidado de los palafreneros.

El rey ofreció su vaso de agua a la bella, que ésta aceptó sonriendo. En aquel breve descanso comunicáronse la ciudad adonde se encaminaban, que era la misma. Y al reanudar la marcha ya iban, a cada lado del palanquín, el rey y Roldán, caballeros en fogosos potros.

Mediaba la tarde cuando principió a nevar copiosamente, y hubo necesidad de alargar el paso para llegar a venta antes a la más próxima venta.

Notó Roldán que el rey no apartaba sus ojos de Rosalinda, que éste era el nombre de la bella del palanquín, y que en la velada, junto al hogar, no paraba de conversar con ella, por todo lo cual adivinaba la nueva pasión que nacía en el rey Alvar.

En verdad que era tan rara la belleza de Rosalinda, tan seductores sus encantos, que hasta el escéptico Roldán comprendía que su rey se enamorara.

Recrudescíase más cada día el temporal de nievas y ni el rey era gustoso en abandonar aquel albergue, mientras pudiera conseguir de Rosalinda que demorase su partida.

— ¡Oh, Roldán!.. Siento por Rosalinda una pasión que jamás sentí. Me consideraría dichoso con que



Sir John French, general en jefe del ejército inglés desembarcado en el continente y que lucha en Bélgica con los belgas y franceses contra los alemanes. (Fot. de Branger.)

me amara. Y dime: ¿cómo se explica que por Helena sintiera igual no amándola tanto?

que ningún amor se pueda comparar con otro. Me place que digáis que os consideraríais dichoso con su amor; eso prueba que la amáis bastante.

— ¿No crees que debo declarárselo?

— Aguardad, aguardad. Temed a ese paso que ha de decidir de vuestra suerte. Ya os avisaré.

Y Roldán intentaba inquirir el sentir de Rosalinda respecto a su señor. Llegó ocasión en que pudo hablar con ella a solas.

— Confiando en vuestra discreción, señora, he de confesaros un secreto de mi señor.

— ¿Y qué secreto es ése?

— Pues que, aunque él lo calla, he adivinado que os ama locamente. Y he creído adivinar en vos que también le amáis.

— Más que adivino, hechicero os diría yo, puesto que adivináis lo que yo ni he pensado todavía. Por no saber, no sé quién es él tan siquiera.

— Pero cuando lo sepáis quizás le améis, o después lloraríais no haberle amado. Es el rey Alvar.

Rosalinda no pudo contener su impresión.

— Os juro por lo más santo que es verdad cuanto os dije, prosiguió Roldán. Él no se lo confesará que no esté seguro de vuestro amor, pues por ello hizo votos que ha de respetar. Os ruego, pues, que guardéis el secreto.

Y después de profunda reverencia, se alejó Roldán del lado de la confusa dama. Desde entonces era ella la que no apartaba sus ojos del rey y la que más atendía a sus conversaciones.

— ¿Has observado?, preguntó el rey a Roldán. ¿No crees tú que ella me ama también?

— Lo mismo opino, Señor, por lo que en ella veo. Entiendo que ya podéis confesarle vuestro amor.

Y la entrevista entre Rosalinda y Alvar fué toda un deliquio de pasión.

— ¡Os amo, señor, os amo!.., musitó al final la arrulladora voz de Rosalinda.

Y el rey besó en la frente de la futura reina y se sintió feliz.

Todo era dicha en el reino. Con la reina Rosalinda había entrado en palacio toda la luz de la ventura y la alegría.

Sólo Roldán estaba triste. Inquietado por ello el rey, preguntábase a menudo:

— ¿Qué te pasa, Roldán? ¿Tienes algún secreto para mí?

— Ninguno, Señor. Es que recuerdo mis tiempos de bufón. Mi melancolía no es más que una mueca, reflejo de las de entonces. ¿Y vos sois feliz?

— No cambiaría mi bienestar por el de nadie. Fuiste un sabio. Rosalinda me salvó.

— Ya sé que os ama. No obstante, aun creo que podéis hacer que os ame más. Finidle algún desvío para que se afane más por quereros.

Y así lo hizo el rey. Notado que fué por la reina, la preocupación hizo avivar su amor. Y cada vez que por el jardín veía pasear al rey acompañado de Roldán, recordaba el secreto que en la venta le confiara, y palidecía temiendo que Roldán lo revelara al rey y rompiera así el encanto de su dicha.

Una mañana apareció en la puerta del palacio el cadáver de Roldán atravesado de una estocada.

Al llegar ante él los reyes seguidos de su séquito, gruesas lágrimas caían de los ojos del rey.

— ¡Es preciso saber quién fué el asesino!.., prorrumpió el rey. ¡Yo lo mato!..

— ¡Dejaos estar!.. ¿Para qué derramar más sangre?, dijole sollozando la reina. ¡Sed bueno por mí!..

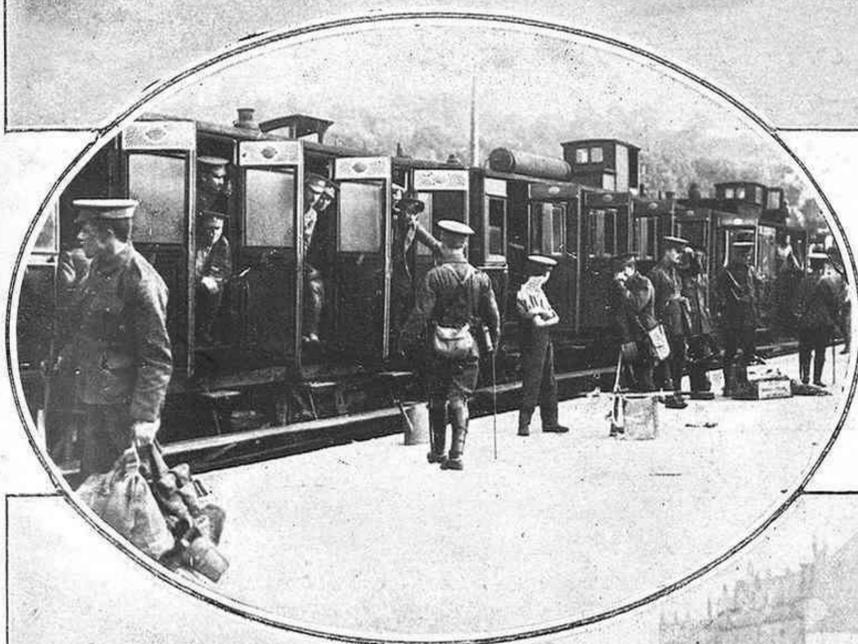
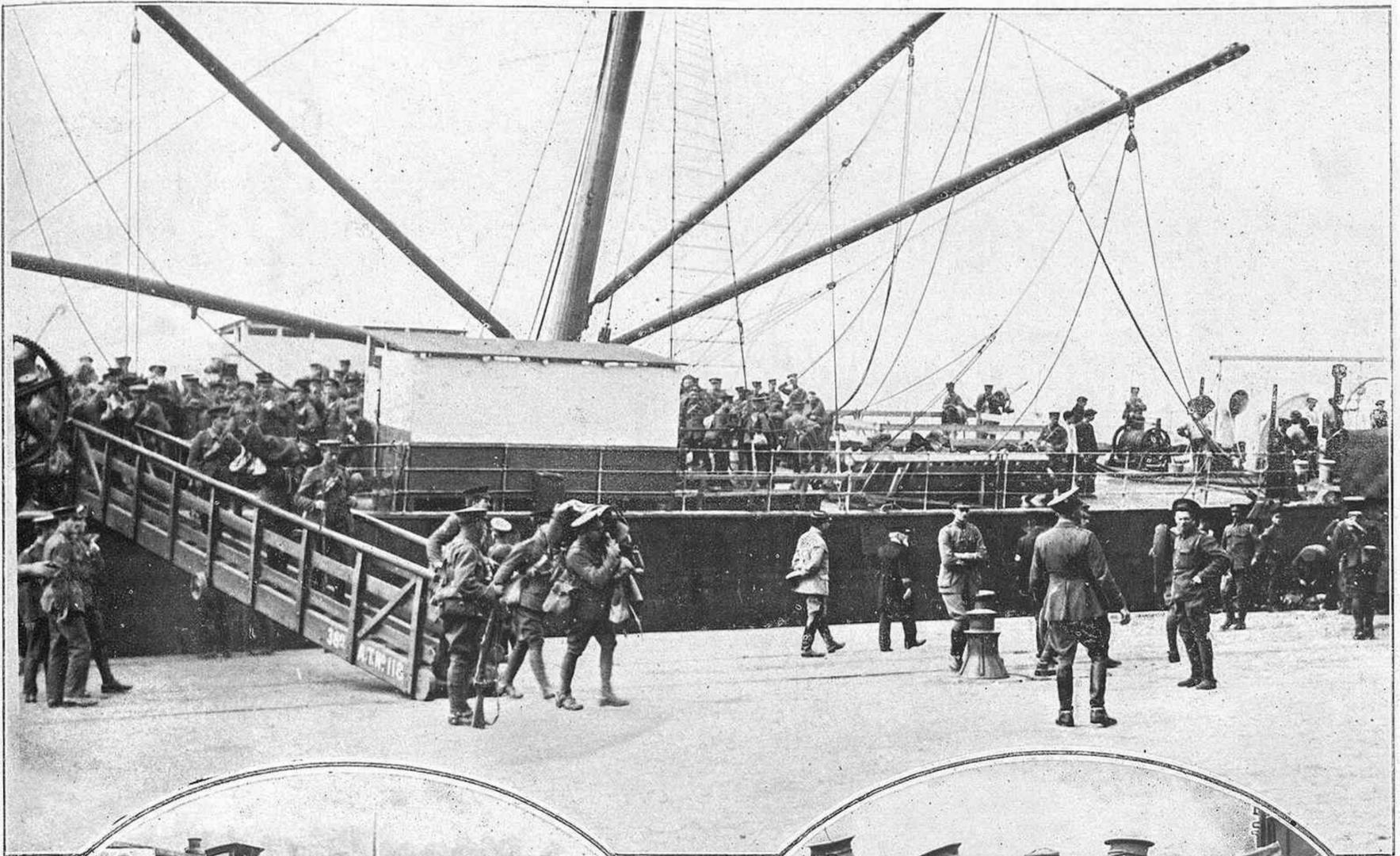
— ¡Me quiso tanto!..

— ¡Pero yo os amo más todavía!.. ¡Oh, mi Alvar!..

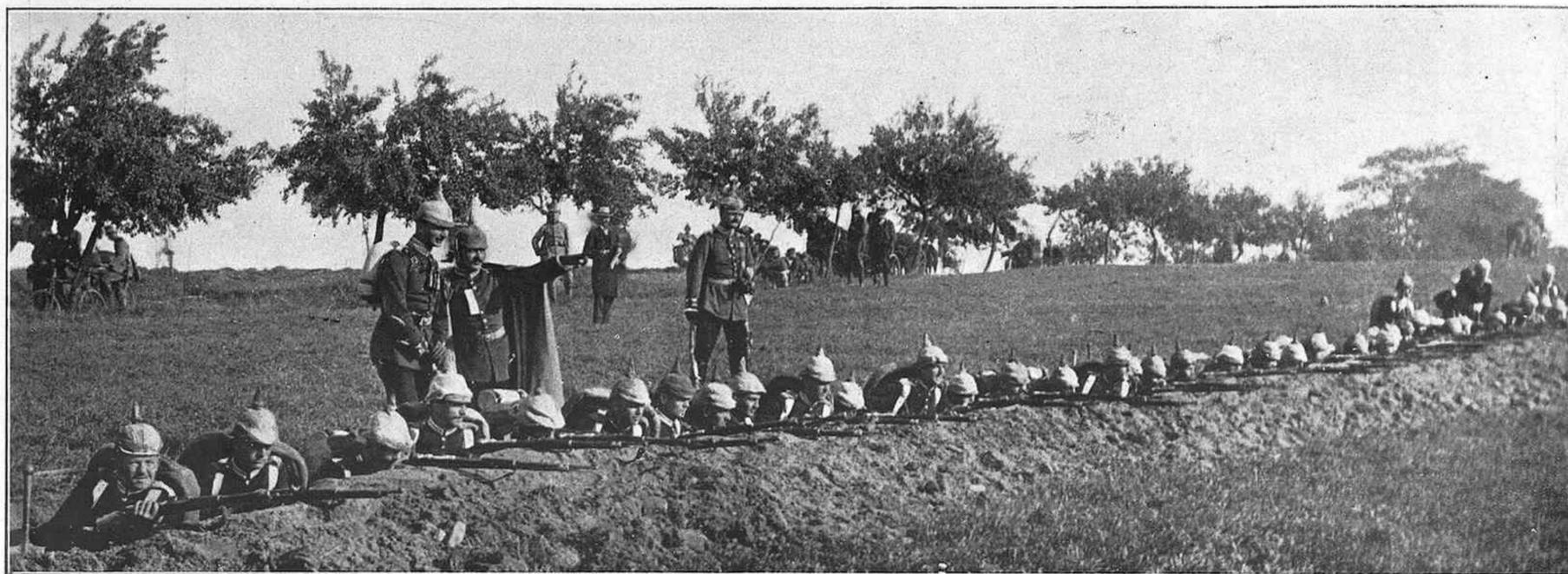
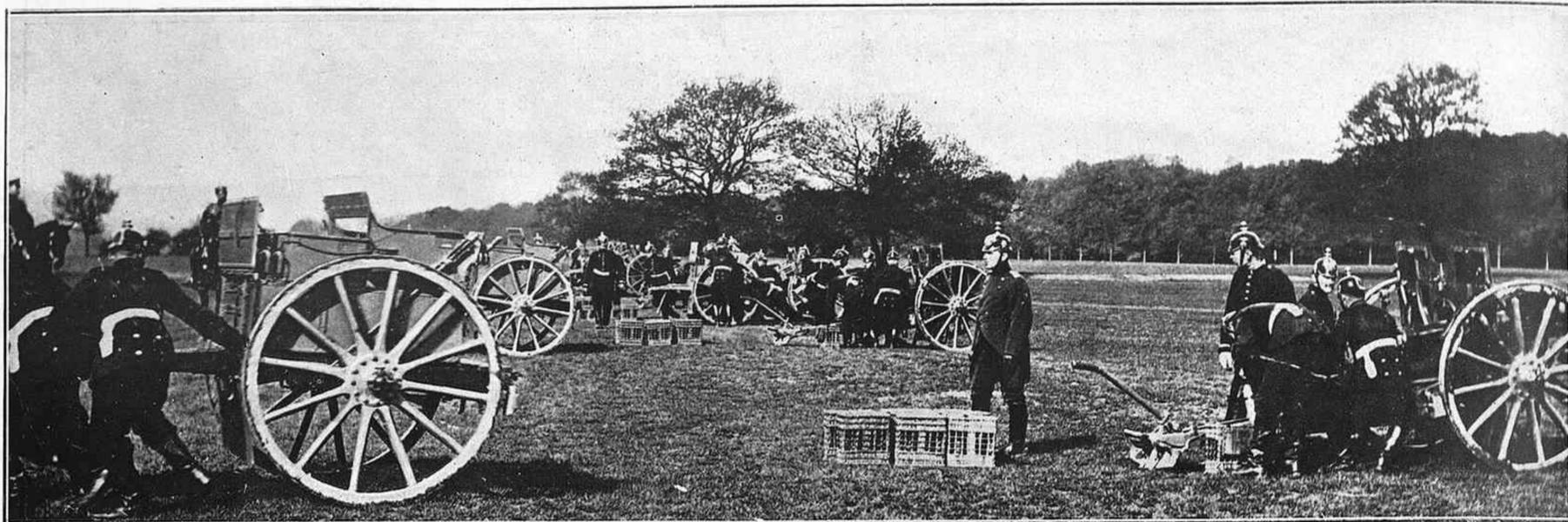
— Es tan grande el Amor, que muchas veces se considera uno feliz con una pequeña parte. De aquí Y el rey Alvar todo lo olvidó por el amor de la reina Rosalinda...



Paris. — La primera bandera tomada por los franceses a los alemanes expuesta en uno de los balcones del Ministerio de la Guerra. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)



Desembarco de tropas inglesas en un puerto francés. - Llegada a territorio francés de un tren con tropas inglesas. - Soldados ingleses y franceses fraternizando
Artillería inglesa dirigiéndose a la frontera inmediatamente después de desembarcada

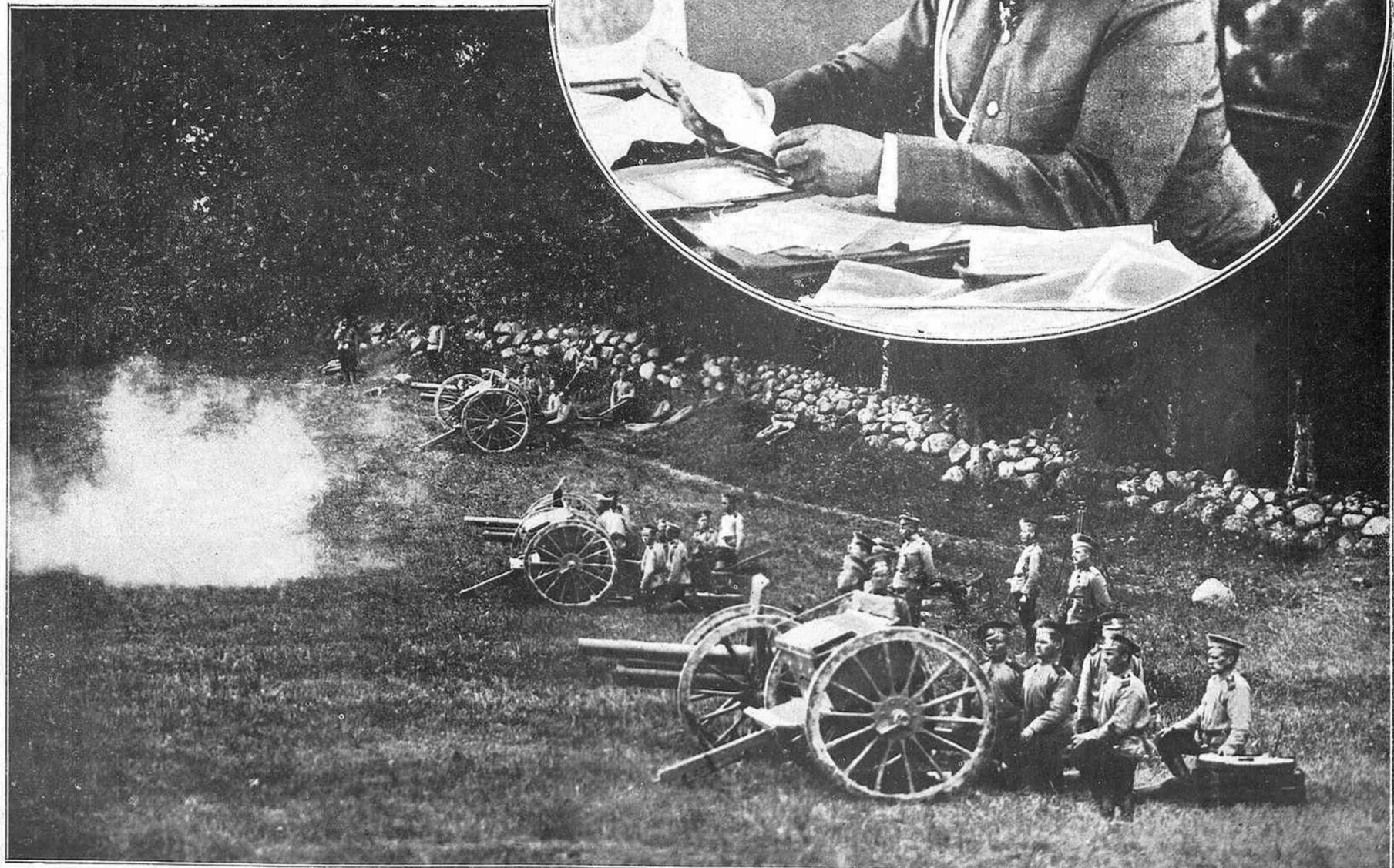


Batería de artillería en acción. - Infantería en las trincheras. - Regimiento de dragones en descanso y esperando órdenes



Soldados de infantería haciendo fuego

El general Yanuchkievitch, jefe del Estado Mayor general



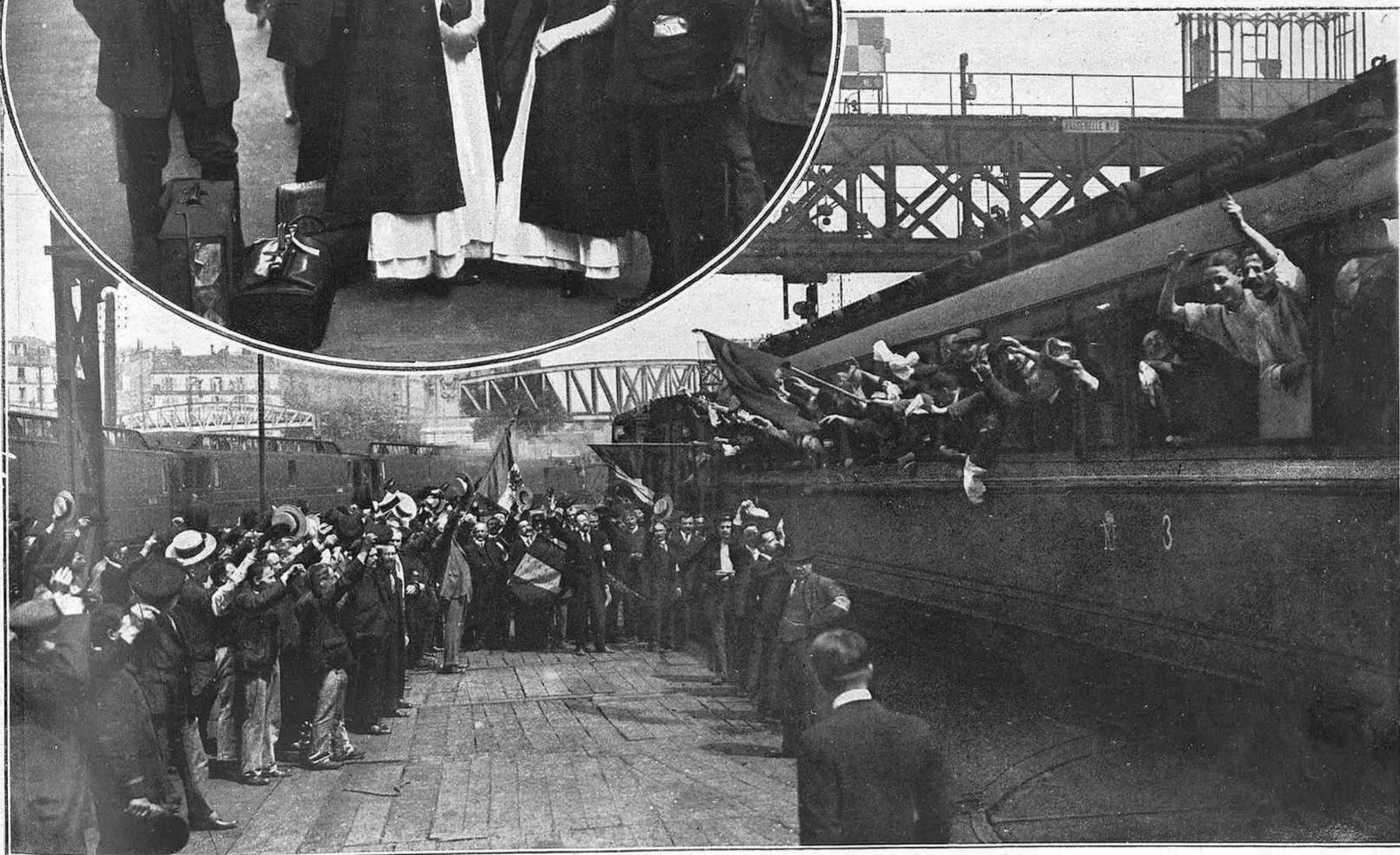
Artillería en acción. (De fotografías de Bulla-Trampus.)



Voluntarios belgas entonando la Marsellesa antes de salir de París



Damas de la Cruz Roja partiendo para Bélgica



Entusiasta despedida de los voluntarios belgas al salir de la estación del Norte para su patria. (De fotografías de M. Rol.)

LA GUERRA EUROPEA. - EN BERLÍN. (Fotografías de E. Frankl.)

¡Hemos de repetir lo que tantas veces hemos dicho acerca de las dificultades que supone el tener que dar una información de lo que sucede en los diversos teatros de la guerra? Ocioso nos parece insistir sobre ello y únicamente haremos notar que a medida que aumentan las noticias de procedencia alemana o austriaca (que hasta hace poco eran punto menos que nulas), aumenta también la confusión, puesto que se da en muchas ocasiones el caso de negar oficialmente uno de los bandos lo que el otro daba oficialmente como cierto y de atribuirse ambos contendientes la victoria en un mismo hecho de armas.

Esto sentado, veamos los hechos más culminantes acaecidos desde que escribimos la anterior crónica.

Los alemanes han ocupado, en Bélgica, Malinas y Namur, habiendo tomado en esta última plaza cinco de los nueve fuertes que la defienden. También se han apoderado de Lovaina, ciudad que, según parece, han incendiado y destruido en gran parte. Las noticias de procedencia inglesa dicen que esta destrucción fué debida a que habiendo sido una columna alemana tiroteada equivocadamente por la guarnición de la plaza, alemana también, el jefe de ésta, para disimular su equivocación, atribuyó el tiroteo a los habitantes de la ciudad y ordenó que ésta fuese duramente castigada. En cambio, las noticias de origen alemán niegan esta versión, afirmando que el alto mando se vió obligado a tomar medidas tan severas por haber tirado los paisanos a mansalva contra las tropas y los heridos. Un *Zeppelin* ha arrojado durante la noche sobre la ciudad de Amberes varias bombas, que ocasionaron algunas víctimas y grandes destrozos en varios edificios. Para ocupar las plazas conquistadas por los alemanes en Bél-

gica, Austria, que el día 28 del mes pasado declaró la guerra a aquella nación, ha enviado 70.000 hombres. Hasta ahora, los alemanes han impuesto las siguientes contribuciones de

de avance hacia el Sur. A la toma de San Quintín precedió una encarnizada batalla, en la que los franceses intentaron, aunque sin resultado, romper el centro de los alemanes, los cuales, en cambio, efectuaron, en sus dos alas, un movimiento envolvente que obligó al enemigo a retirarse hacia La Fère. Las pérdidas por ambas partes fueron de muchísima importancia.

En Francia se ha constituido un nuevo ministerio en el que figuran eminentes personalidades de todos los partidos republicanos y del socialista. El nuevo gobierno con el Presidente de la República ha trasladado su residencia a Burdeos.

Los rusos, según dicen, continúan avanzando por la Prusia oriental y han ocupado últimamente Tilsit, Allenstein, Osterode y otras plazas. En cambio, noticias de procedencia alemana afirman que el territorio alemán está completamente libre de rusos.

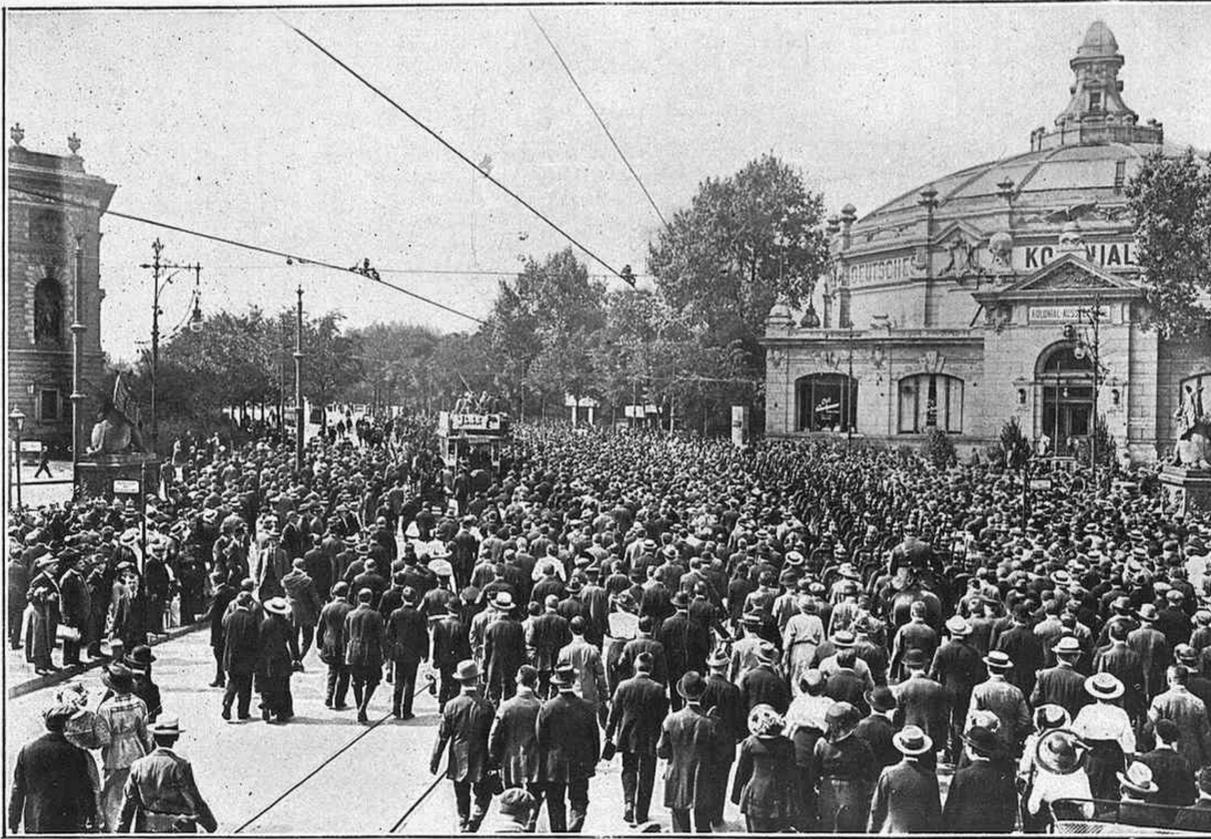
Esta misma contradicción encontramos respecto de las luchas entre rusos y austriacos, pues cada cual se atribuye brillantes victorias con enormes pérdidas para el adversario, siendo de todo punto imposible saber en dónde está la verdad.

Los austriacos han evacuado enteramente el territorio servio.

Varios aeroplanos alemanes han volado por encima de París arrojando varias bombas sobre la ciudad.

El día 28 trabóse en aguas de Heligoland un combate entre las escuadras inglesa y alemana; de la primera sólo sufrieron ligeras averías un crucero y un destructor; los alemanes, en cambio, según noticias de procedencia inglesa, perdieron dos acorazados, dos cruceros y otros buques menores.

En una ensenada inmediata a la factoría de Río de Oro, el crucero inglés *Highflyer* echó a pique al transatlántico alemán *Kaiser Wilhelm*, que había sido armado en crucero auxiliar.



La multitud aclamando a un regimiento de hulanos

guerra: a la ciudad de Lieja, 20 millones de francos; a la provincia de Lieja, 50 millones; a la ciudad de Bruselas, 200 millones; y a la provincia de Brabante, 450 millones; total, 720 millones. Ha sido nombrado gobernador general de Bélgica el general alemán von der Goltz.

En Francia, los alemanes han ocupado Longwy, al Este, junto a la frontera del Luxemburgo, y en el Norte Cambrai, Cateau-Cambresis y San Quintín, prosiguiendo su movimiento



La multitud delante del palacio real el día de la declaración de guerra a Rusia

EL JURAMENTO DE NADIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Estaba sentada junto al piano. Un niño, que tenía dos años menos que ella, estaba a su lado...

En la pena que nos inspira la muerte de los que amamos, ¿quién podrá establecer cuál es la parte que nos hace lamentar el adverso destino que les ha impedido amar la vida, separándola de las malogradas esperanzas que habíamos fundado en ellos y que no se han realizado?

Pero aquí no pasaba nada de esto. La existencia de Roubine habíase deslizado bajo un cielo plácido y sin nubes y se había extinguido sin sufrimientos.

Semejante destino inspira más la envidia que la piedad.

Así pensaron sus hijos, al no exagerar su dolor, creyendo que aquel hombre excelente hubiera experimentado un gran dolor, si los viera demasiado afligidos por su pérdida.

¡Todo tiene fin en este mundo, sobre todo las vacaciones! Korzof tenía que volver a San Petersbur-

go para que sus ayudantes gozaran a su vez de algunos días de descanso. Nadia le acompañó, yendo después a instalarse en Spask, para pasar allí el resto del verano, que tan corto es en Rusia. Allí Dmitri podía ir y venir gracias a los vaporcillos que surcan el río, estableciendo de este modo un servicio continuo entre Schlüsselburg y San Petersburgo.

— Ahora sí que nos haría falta el yate, dijo Nadia sonriendo al ver cómo se detenía el vaporcillo en

medio del Neva para que atracase a él una barca que iba a su encuentro.

— Eso ya se acabó, querida mía; nosotros ya no podemos contarnos entre el número de los poderosos de la tierra, dijo su marido sentándose junto al timón. Y no será porque tu padre no nos haya dejado una gran fortuna; pero con el nuevo sistema político han disminuído las rentas en más de la mitad, y para que nuestros hijos disfruten de ella más tarde tenemos que resignarnos ahora a ir en vapor como todo el mundo. ¿Cambiarías el hospital por un yate?

Nadia respondió a su marido con una dulce sonrisa.

Aun existía el carcomido embarcadero, tan viejo y ruinoso que apenas se podía utilizar; la cala impedía a los vaporcitos atracar a la orilla si no se servían de un pontón. La barca que llevaba a los Korzof se hundió muellemente en la arena húmeda, y los niños atravesaron el estrecho puentecillo.

— ¿Te acuerdas, Dmitri?, dijo Nadia a su marido tocándole el brazo y señalándole la frágil construcción que parecía temblar sobre el agua límpida y transparente.

— ¡Que si me acuerdo! Aquí es donde me diste la vida, al otorgarme tu cariño.

— No, Dmitri, respondió la joven, yo creo que tú fuiste quien me la dió. Yo era entonces tan egoísta, tan vanidosa que...

Su marido púsole dulcemente la mano en la boca para impedir que siguiera hablando.

— No te calumnies así delante de tus hijos, exclamó riéndose; no olvides que tenemos que inculcarles el respeto a la familia.

Después de algunas semanas muy dichosas, que hubieran sido más alegres si el sol no se hubiera ocultado cada día un poco más temprano que la víspera — y la víspera siempre era muy pronto, según decían los niños — regresaron todos a San Petersburgo para empezar de nuevo cada uno su vida.

De este modo hablábale sobre poco más o menos Dmitri Korzof a su hijo al conducirlo por vez primera a la sala de estudio, que hasta entonces no había sido utilizada.

— ¿Ves, decía, el encerado, los mapas de geografía, los globos y todos esos libros que hay en los armarios? Pues es preciso que dentro de algunos años sepas el empleo de todo esto, de lo que dicen esos libros y de una infinidad de cosas aun más difíciles de conocer. Los que ignoran esto no son nada en el mundo; si es que por falta de medios no han podido aprenderlo son dignos de lástima; pero si ha sido por su culpa, merecen toda clase de censuras; porque la instrucción es tan necesaria al hombre como el pan; sin éste no crece ni se fortifica y sin instrucción es siempre un estúpido o un malvado y a menudo ambas cosas a un tiempo. Me has comprendido, ¿verdad? Pues bien ¿qué piensas hacer?

— Aplicarme mucho para aprender todo lo que hay aquí, y que tú me enseñes pronto lo demás que es más difícil.

Korzof posó la mano sobre la cabeza de su hijito, reconociendo que la vida era muy pródiga y misericordiosa con él.

Sus padres trataron de separar a Sofía y a su hermano en las horas de estudio, pues además de tener la niña un año menos, era de temperamento y complejión muy delicada; pero tan nerviosos y violentos estaban el uno sin el otro, que hubo que volver a reunirlos.

Nadia vigilaba sus lecciones completándolas a veces ella misma con alguna de esas luminosas explicaciones que los profesores, aun los más inteligentes, no encuentran a veces, y de las que las madres, tienen con mucha frecuencia la intuición.

La joven madre tuvo el valor de renunciar al placer de instruirlos por sí misma, temiendo aminorar con los pequeños rozamientos, irreparables, de la educación más sabiamente dirigida, esa gran dignidad de la madre, que no debe gastarse en mezquinas menudencias de la vida cotidiana.

Nadia quiso estar por encima de las nimias recompensas y de los leves castigos.

Las pequeñas alegrías de que se privó obrando de esta manera, viólas recompensadas en cambio con la profunda ternura, con la cariñosa veneración de sus hijos, que la veían siempre inalterable en sus actos y palabras, digna y serena como la encarnación de la justicia sobre la tierra.

Antes de terminar el año de luto, dispúsose Nadia a poner en práctica los últimos consejos de su padre, estrechando sus relaciones con el mundo, que ella había dejado enfriar un poco. En todas partes fué acogida con gran alegría; su gran desinterés, la facilidad con la cual se había desprendido en otro tiempo de lo que de ordinario todo el mundo envi-

dia, le había valido el respeto de todos los demás; y al verla más sencilla que nunca, al notar que no quería darse tono ni elevarse sobre ningún pedestal, sus amigos, que habíanse siempre mostrado orgullosos de serlo, se acercaron más a ella, y al conocerla mejor le otorgaron su estima y sus simpatías, sin que perdiera ella por eso nada de su grandeza.

Las fiestas de Pascua de aquel año fueron muy brillantes. Salióse de un luto de Corte y todo el mundo tenía afán por divertirse y todo era pretexto para un baile, haciendo bailar hasta a los niños a fin de poder bailar los mayores una vez más. Los lindos hijos de Nadia, cuya gracia y belleza eran proverbiales, tomaron parte en todas las fiestas, no queriendo su madre privarlos de este inocente placer, que no podía perjudicarlos en tan tierna edad.

En casa de una parienta suya, que antes le había servido de acompañante y que ahora, viuda y sin hijos, su único placer consistía en que se divirtiesen los demás, Nadia encontró un día una muchachita de unos catorce años, que sin ser bella tenía un atractivo y un encanto singulares.

La joven iba sencillamente vestida, con un traje de muselina blanca y un lazo de terciopelo negro ataba sus oscuras trenzas, que le caían más abajo de la cintura. Estaba sentada en uno de los bancos que había en los salones de baile, al lado del piano. Un niño, que tenía dos años más que ella, estaba a su lado; ambos no hablaban entre sí ni con nadie.

Al ver que la dueña de la casa atravesaba el salón dirigiéndose hacia donde estaba ella, la joven levantóse y se sentó en el taburete del piano. Su hermano quedóse de pie, dispuesto para volver las hojas de la música colocada en el atril. Nadia, asombrada, los miraba. La joven empezó a tocar con mucho gusto, llevando muy bien el compás, mientras los jóvenes bailarines se entregaban con regocijo a su distracción favorita.

— ¿Quién es esa joven que toca tan bien?, preguntó la señora Korzof muy interesada por aquellos dos niños, que no parecían haber ido allí para divertirse y que tenían un aspecto tan correcto y distinguido como el de los niños de mejor posición que estaban allí invitados.

— ¡Ah!, mi querida Nadia, respondió la buena señora, sentándose junto a su sobrina, es una historia bien triste. Esos niños son de una familia muy distinguida; su madre era la princesa Rouriez; tú has debido de conocerla; pero tuvo la desgracia de casarse con un vividor que la ha arruinado; después él se entregó a la bebida, acabando por morir miserablemente. Entonces ella se puso a dar lecciones de piano a fin de poder educar a esos niños. La pobre ha dado a sus hijos una excelente educación; el pequeño entró en un colegio en donde estudiaba con mucha aplicación y la niña, que es un poco mayor, daba algunas lecciones de piano a niños principiantes; pero hace poco más de un año murió la madre de una afección al pecho. ¿Comprendes la horrible situación de esos desventurados, sin abrigo ni hogar?

— ¿Los ha recogido usted?, dijo Nadia sonriendo.

— No; yo tengo la opinión de que hay que dejar a cada cual sus iniciativas. Cuando una criatura se ve arrojada al agua y sabe nadar más o menos, no podría prestársele más flaco servicio que tratar de salvarla, dejándola sobre la orilla en donde no puede esperar auxilio de nadie. Yo he encontrado a una buena mujer, que acompaña a la muchacha, comiéndose con ella sus escasas rentas, y siendo así más dichosa que si se las comiese sola; esta mujer vive con ellos. El hermano va al colegio, estudia furiosamente y quiere ser médico; él, como es natural, algo gasta y no gana nada. La hermana ha conservado más de la mitad de las lecciones de su madre. ¿Qué quieres?, la gente se ha apiadado de esa muchacha, y a pesar de que aun no se ha vestido de largo, sus alumnas la respetan y la quieren.

— ¿Y por qué está aquí tocando para que bailen?, preguntó Nadia que miraba a los huerfanitos.

— Yo le he prestado algunos servicios y me ha pedido como un favor que la dejase venir a tocar siempre que yo diese baile. La pobrecilla quiere pagar así la deuda de su agradecimiento. Estos niños tienen un corazón y un modo de ser que hacen honor a su desventurada madre.

La contradanza había terminado; la gente se espacía por los salones y la joven sacó su pañuelo, lo pasó varias veces por su rostro y volvió a meterse en el bolsillo, sonriendo a su hermano con una expresión tan tierna que Nadia, encantada, acercóse a hablarla.

— No le disgusta, señorita, preguntó, tocar para que bailen los demás?

La joven miró a aquella señora desconocida, y alentada por su sonrisa repuso con serena altivez:

— ¡Oh!, no señora, al contrario, es para mí un placer.

— ¿No se fatiga usted?

— Algunas veces, pero esta tarde no; desde esta mañana no he tocado para estar más descansada.

Nadia miróla intensamente, haciendo después lo mismo con su hermano y ambos sostuvieron su mirada sin fingir rubor, con desenvoltura, como dos niños modestos y bien educados; pero con cierta reserva, como les sucede a todos los que estando bajo un pie de inferioridad, abrigan el convencimiento de que son iguales a los demás.

— Si yo tocara el piano para que ustedes pudiesen bailar, ¿le gustaría?

Los ojos del muchacho centellearon de júbilo; miró a su hermana, pero no dijo nada. La joven dió a Nadia las gracias y rehusó lo que la ofrecía, iluminándose su rostro con una franca sonrisa.

— Y su hermano, ¿por qué no baila?

— Porque mi hermana no puede bailar.

— Pues bien; den ustedes juntos unas vueltas de vals, dijo Nadia quitándose los guantes y sentándose al piano. Vamos, esto les hará estirar las piernas un poco. ¿No te parece tía?, dijo a la condesa que se dirigía hacia ella.

Esta hizo un signo de aprobación y la joven pareja lanzóse en medio del bullicio, que armaban los demás bailarines; bailaban admirablemente con una gracia juvenil, que encantaba al mirarlos. Así que Nadia cesó de tocar, dirigiéronse hacia ella dándole las gracias con una dignidad, al mismo tiempo que con una efusión mal contenida que conmovió a la señora Korzof. Esta inclinóse hacia la joven para hablarla en voz baja:

— ¿Quiere usted venir a verme, señorita? Señorita...

— Marta Drevine, respondió la joven a la muda interrogación de los ojos de Nadia.

— Señorita Marta, continuó, ¿quiere usted venir a verme? Tengo una hija que tiene que empezar a estudiar el piano y estoy segura de que se quedará encantada de tenerla a usted por profesora.

— Se lo agradezco infinito, señora, exclamó la muchachita. ¿Cuándo quiere usted que vaya a su casa?

— Mañana a las doce. Hasta la vista.

Y saludando a los dos niños afectuosamente separóse de ellos. Un instante después Marta corrió al encuentro de su bienhechora.

— Señora, dijo a media voz, tengo otra lección en casa de esa dama tan amable y tan hermosa que nos ha hecho bailar. ¡Cuánto se lo agradezco a usted!

Sus ojos le daban las gracias mas aun que sus labios. La condesa hizo un signo afectuoso y siguió su camino.

Ocho días después Sofía Korzof quería dar lección de piano todos los días.

— ¡No es por el piano, decía, sino por ver más a menudo a Marta Drevine!

IX

— ¡Hop! ¡Atención! ¡Sostente bien!

Y elevándose sobre sus dos manos, Pedro Korzof dió el salto de carnero sobre las espaldas de Volodia Drevine; Pedro apenas había tenido tiempo de colocarse cuando ya Volodia saltaba por encima de su cabeza a tres pies del suelo.

— ¡Bravo!, gritó Sofía, aplaudiendo entusiasmada. ¡Quisiera ser chico para saltar así!

— ¡Salta a la comba!, respondió Marta.

— A la comba siempre es igual, dijo Sofía haciendo una mueca de disgusto. ¡Lo que es divertido es el salto del caballo!

— Porque no puedes hacerlo, replicó su hermano estirando suavemente una de sus trenzas. Si no te lo prohibieran no te gustaría. Vamos, Volodia, saltemos todos a la comba, bien alta, ¡eh!, es decir, si es que quieren las señoritas. Y tú, ¿no vas a saltar, Marta?

— Yo ya soy muy vieja para eso, dijo la joven sonriendo; ¡he cumplido dieciséis años!.. Además, que aunque se ate un extremo de la cuerda al montante del trapecio, si no hay quien la tenga por el otro lado, os chafaríais la nariz al caer, ¡lo que sería una irreparable pérdida, pues ninguno la tenemos muy larga!

Los cuatro prorrumpieron en bulliciosas carcajadas. Korzof, que pasaba por la puerta de la sala de estudio, transformada en sala de juego a causa de aquella tarde lluviosa de noviembre, se detuvo para mirarlos.

— Esto era lo que les faltaba, dijo a Nadia que se había reunido a él; nuestros hijos tienen necesidad de la alegría de los otros. ¡Nosotros somos demasiado serios para ellos! Hasta cuando nos reimos lo hacemos en persona mayor; los niños necesitan la sociedad de otros niños. Estoy muy satisfecho por haber hecho entrar a Pedro este año en el colegio.

- Yo también, repuso su mujer, pero sin Volodia hubiera sido muy difícil. Pedro es muy belicoso, lo cual no es un crimen; pero cuando lo atacan, necesitaría tener la fuerza muscular necesaria para hacer frente a las dificultades...

- De su carácter, interrumpió Korzof, continuando su paseo por la larga galería, que era el lugar de esparcimiento en los lluviosos días de invierno. Pedro provoca las riñas y Volodia, como un *Deus ex máquina*, llega en el momento preciso para arrancarlo de ellas o tomarlas a su cargo. ¡No puede haber cosa mejor! Es una prueba bien terminante de la intervención de la Providencia.

- ¡No lo tomes a broma!, dijo Nadia, ha sido una suerte el encontrar a ese muchacho, tan bueno, tan leal, tan inteligente, que parece hecho ex profeso para ser amigo de nuestro hijo. ¡La verdad es que somos muy dichosos, Dmitri!, ¡no nos falta nada!, ¡todo lo reunimos! A veces tiemblo pensando qué espantosa desgracia caerá sobre nosotros, algún día, que nos haga pagar este exceso de felicidad.

Dmitri Korzof estrechó contra él el brazo de su valerosa compañera. Desde que recorrían juntos el camino de la vida, más de una vez, al sentirse tan dichosos, oprimióse su corazón como ante la visión de una próxima catástrofe. Pero hasta entonces había alejado siempre la tormenta, volviendo su existencia a recobrar su curso placentero y apacible con su inevitable cortejo de pequeñas contrariedades y de nimias miserias; pero sin que estallara jamás sobre sus cabezas el rayo, que todo lo conmueve y lo trastorna, no dejando tras sí más que ruinas.

- No todo el mundo es puesto a prueba tan cruelmente, querida mía, dijo él; hay muchos hombres que acaban su vida sin haber sufrido grandes calamidades. La muerte de tu buen padre, las enfermedades por que han pasado nuestros hijos, la disminución de las rentas que nos dan nuestras tierras, ¿acaso no son suficientes pruebas de que el destino no se muestra dadivoso con nosotros y de que no debemos abrigar el temor de que ese ciego poder se tome al cabo el desquite que a ti te preocupa tanto?

Nadia sonrió, suspirando al mismo tiempo; en efecto, no tenía razón para inquietarle lo porvenir; pero su ininterrumpida felicidad hacia la muy recelosa.

Viendo crecer a sus hijos y admirando cuán clemente era con ellos la Naturaleza, colmándolos de inapreciables facultades, sentíase más animosa para defenderse de sus tristes sentimientos, y como era de espíritu fuerte y valeroso, comprendió la locura que era dejarse llevar por aquellas impresiones absolutamente faltas de sentido, y haciendo un esfuerzo sobrepúsose a sí misma, reanudando su vida de actividad y energía.

Nadia había tomado a su cargo la vigilancia del servicio de las mujeres. No por esto frecuentaba mucho las salas del hospital; veíasela en ellas muy pocas veces, reservándose para los casos en que alguna epidemia desmoralizaba a los enfermos. Cuando las mujeres se mostraban aterradas ante las defunciones que sucedíanse con demasiada frecuencia; cuando la terrible palabra «contagio», repetida de una cama a otra, hacía correr bajo los elevados techos un rumor de sollozos comprimidos, Nadia aparecía desde muy temprano, vestida con el traje gris de algodón, que impuso a las enfermeras, como menos susceptible de retener los miasmas que el clásico vestido de lana negro.

- Les han hablado a ustedes de contagio, decía yendo de una cama a otra para consolarlos con sus dulces palabras, y ya ven ustedes cómo no es verdad cuando estoy aquí entre ustedes. ¿Acaso vendría yo si hubiese algún peligro?

Y seguía entre ellos, levantando los espíritus abatidos, sonriendo a los más valerosos, consolando a los de más gravedad; como un rayo de sol cuyo calor penetra hasta los más recónditos y fríos rincones, su presencia era bienhechora, dejando tras sí una cálida impresión de bienestar y confianza.

Pero aleccionada por su marido tuvo que abstenerse de esas temerarias demostraciones, tan tentadoras para los que han hecho el sacrificio de su vida e inspiradas por un loco y temerario heroísmo.

Jamás cuando había peligro de contagio se la vio inclinarse sobre ningún moribundo ni enjugarles el sudor de la frente con un pañuelo o tomar entre las suyas las manos que helaba la proximidad de la muerte; esto no podía servir de nada a aquellos desgraciados, y constituía una especie de peligro. Así que las enfermeras decíanse, hablando de la señora Korzof:

- Es muy buena, pero un poco fría.

Nadia recabó de su marido que le confiara la inspección general del servicio de las enfermeras, porque creía, y no sin razón, ver más fácilmente que un hombre las cualidades y los defectos del personal.

Efectivamente, ella pudo fijarse en muchas cosas que la pusieron en estado de apreciar el grado de confianza que podía dispensar a cada una de sus empleadas. El servicio de la lencería correspondía de derecho, esforzándose porque se acostumbrara al orden y a los cuidados necesarios su hija Sofía, que a medida que iba creciendo, parecíase cada vez más a ella, pues hasta había heredado con exageración su espíritu vehementemente y romántico, apaciguado ya en Nadia a fuerza de años y de experiencia.

También Marta Drevine era para Nadia una preciosa ayuda. Esta joven, admirablemente educada por su madre, y que de un modo tan rudo había tenido que soportar la lucha por la vida, poseía un gran sentido práctico, que exasperaba a Sofía, encantando por el contrario a la señora Korzof.

Ella no había renunciado a sus antiguas admiraciones; su culto hacia el bien, su noble intento de colocar la honradez y la bondad por encima de todo, hablaban siempre el mismo lenguaje caluroso y elocuente. Ella se contentaba con inculcar en el alma de sus hijos los mismos preceptos que habían gobernado su vida; únicamente había cambiado la manera de aplicarlos. Ella no hubiese hecho ciertamente a los treinta y cinco años lo que hizo a los veinte, pero este era un matiz del que Nadia no se daba cuenta.

Su marido, mejor juez, hubiese podido percibirlo; a veces, en efecto, hallaba cierto desacuerdo entre la manera como Nadia expresaba sus ideas tan altas y generosas, y el modo como poníanlas ambos en práctica; pero esto era tan insignificante, que apenas si se notaba el desacuerdo.

Korzof sentía de cuando en cuando la impresión de que existía en ello un peligro para el espíritu de sus hijos, pero, ¿cómo librarlos de él? ¿cómo advertir a Nadia? Ella no sospechaba que su manera de obrar estaba en profundo desacuerdo con sus principios y si alguien se lo hubiese dicho le habría causado un verdadero pesar.

Sin embargo, una vez la casualidad acudió en auxilio del doctor, permitiéndole inculcar en el espíritu de sus hijos una verdadera lección.

Una tarde de cuaresma encontrábase toda la familia, reunida como de costumbre en el comedor, en donde acababan de servirles el te, hablando alegremente de una porción de cosas.

También formaban parte de la familia, Marta y Volodia Drevine. Después de dos años de prueba, Korzof y su mujer comprendieron que no podían hacer nada mejor que asociarse a la obra de educación de aquellos dos niños, tan juiciosos, y cuya amistad sería para Pedro y Sofía un inapreciable recurso. Por este motivo vivían los dos hermanos en aquella casa.

Volodia trabajaba con Pedro, le preparaba las lecciones y Marta daba algunas de piano que, muy bien pagadas, le permitían no aceptar de la señora Korzof más que la casa y la mesa para ella y su hermano, a cambio de las lecciones y cuidados que prodigaba a Sofía. Esta tenía varios profesores, pero nada le era tan querido como su buena amiga Marta, y la entrada de ésta en la casa se señalaba siempre por una gran explosión de júbilo, que era para todo el mundo uno de los momentos más dichosos del día.

Sin embargo, no siempre estaban ambas de acuerdo; Sofía tenía mucha imaginación y Marta era el sentido común personificado; así es que no pasaba mucho tiempo sin que riñeran ambas; pero como les pasa a todas las personas bien educadas, ya sean niños o viejos, sus disputas eran siempre motivadas por cuestiones de un orden general, sin descender nunca a los hechos personales, de manera que podían contener durante una hora sin que su amistad se resintiese.

Aquella tarde la conversación era muy animada; la Cuaresma no es en San Petersburgo época fértil en acontecimientos mundanos; los conciertos estaban en todo su apogeo, y Marta, que tenía bastante música en los oídos durante todo el día para sentir el deseo de oír la también de noche, tuvo una idea.

- Señora, dijo a Nadia que soñaba ante el samovar apagado evocando con el pensamiento algún recuerdo de su juventud, nunca nos ha dicho usted, cómo, siendo condesa, se hace llamar sencillamente señora Korzof ni por qué ha construido este hospital, porque ha sido usted quien lo ha mandado construir, ¿no es cierto? Todo el mundo la admira a usted, pero nadie ha podido decirme el origen de esta historia. Supongo que no será un secreto, ¿verdad?, porque si lo fuera...

- Un secreto esculpido en piedra de sillería no es muy difícil de ocultar, dijo Nadia ruborizándose levemente. Y sonrió a su marido que entraba en aquel momento. No es un secreto, pero es la historia de nuestra vida... Nuestros hijos tienen el derecho de conocerlo... ¿verdad, Dmitri?

E interrogaba con los ojos a su marido, el cual respondió gravemente:

- Sí, creo que ya es tiempo de que nuestros hijos oigan la historia de sus padres de sus mismos labios.

Pedro y Sofía miraban a sus padres alternativamente. Como que no esperaban verlos tan serios y graves, sintieron que se apoderaba de ellos una especie de respetuoso terror, y dispusieron a escuchar.

- Cuando yo era muy joven, empezó Nadia, tenía un carácter muy entero, o por mejor decir, tenaz y caprichoso, ¿verdad, Dmitri?

- No, repuso Korzof moviendo gravemente la cabeza; caprichoso, no, porque hacías caso de los razonamientos; tenaz sí, esa es la verdad.

- Como quieras, dijo Nadia sonriendo. Yo había leído muchos libros, y como era demasiado joven para distinguir las teorías verdaderas de las absurdas me forjé un ideal de la vida que sobrepujaba a la realidad, algo así como los ferrocarriles que pasan cerca de los pueblos, es decir, a una distancia bastante considerable. Yo pensaba, entre otras muchas cosas, que era preciso que los ricos y los nobles nos atrájesemos al pueblo, a fin de adelantar el reinado de la igualdad. ¿Me comprendéis, hijos míos?

- Sí, exclamó Sofía que escuchaba a su madre con los ojos muy abiertos. Y tenías mucha razón, mamá.

- Evidentemente que tenía razón, pero el toque está en atinar con los medios. Vuestro padre y yo parece que estamos hechos a propósito para comprendernos y vivir ambos muy dichosos, como así lo hemos demostrado y, sin embargo, cuando vuestro padre me pidió en matrimonio, yo le rechacé.

Los cuatro jóvenes lanzaron una exclamación de asombro.

- Sí, le rechazé, bajo el pretexto de que era muy rico, muy noble y sobre todo muy inútil para casarse con una señorita igualmente rica, noble e inútil...

- Y entonces, hijos míos, continuó Korzof, fué cuando vuestra madre me puso por condición para alcanzar su cariño que dejara de ser rico, empleando toda mi fortuna en construir este hospital; que mi título, que por otra parte estoy muy lejos de depreciar, nos sirviese únicamente de apoyo y no como pedestal sobre el que alzarnos a falta de méritos personales; y, por último, que dejara de ser un ser inútil, consagrandome a la Medicina. Ya veis cómo vuestra madre ha realizado su programa a las mil maravillas; además me ha hecho sumamente dichoso y os ha educado admirablemente, lo cual es una prueba convincente de que tenía razón.

Los ojos de los jóvenes lanzaban relámpagos, de una emoción contenida; pero su respeto era tan grande que no se atrevieron a manifestarla exteriormente. Después de un corto silencio, durante el cual Korzof y su mujer cambiaron una mirada que resumía sus largos años de felicidad, Pedro levantóse de su asiento y fué a depositar un largo beso en la mano de su madre, yendo acto continuo a rendir a su padre el mismo homenaje. Sofía había ocultado su cabeza en los hombros de Nadia y tenía cogida entre las suyas una mano del doctor. Marta y su hermano se quedaron inmóviles, poseídos de una gran admiración hacia aquellos dos seres superiores, que con tanta sencillez hablaban de la realización de tan grandes empresas.

- Yo he tenido razón al realizar los hechos, repuso Nadia al cabo de un momento durante el cual revivió toda su vida, o mejor dicho, los hechos son los que me han dado la razón; pero si tu padre no hubiese sido lo que es, ¿quién sabe lo que hubiera sucedido?

- Nada malo, querida mamá, dijo Sofía, tú tienes el alma demasiado grande para que de ti pueda proceder nada que no sea noble y elevado.

- No estoy muy seguro de ello, repuso la señora Korzof; de todos modos ha cambiado mi manera de ver la vida, pues antes era yo inexorable en mis sentimientos y juicios; hoy no me atrevería a aconsejar a nadie que desafiase de un modo tan absoluto todas las costumbres sociales y, sobre todo, que practicara los principios de igualdad, que eran entonces mi fuerza.

- ¿Por qué has cambiado, mamá?, preguntó Pedro.

- La vida es la que me ha cambiado, respondió la señora Korzof; a los veinte años no se ven las cosas más que por un lado, y al envejecer se corre el peligro de verlas por el lado opuesto. Lo que hay que procurar es verlas por ambos lados, y siempre, con una perfecta imparcialidad. Pero sois todavía muy jóvenes para sostener tan graves conversaciones y no ha de faltarnos tiempo para volver a hablar de esto. Sirvaos de ejemplo el relato de nuestra vida, hijos míos, para que aprendáis a tender todos vuestros esfuerzos hacia el bien como hemos tratado de hacerlo vuestro padre y yo.

(Se continuará.)

ROMA. - LA ELECCIÓN DEL NUEVO PAPA BENEDICTO XV

A los tres días de reunido el Cónclave, ha sido elegido Papa el cardenal Santiago Della Chiesa. La elección ha causado cierta sorpresa, porque el nombre del que desde ahora ha de regir los destinos de la Iglesia no figuraba entre los de los cardenales que se consideraban *papables*, tal vez por ser monseñor Della Chiesa uno de los más modernos miembros del Sacro Colegio; pero aparte de esto, ha sido acogida con general aplauso, pues todo el mundo reconoce que el nuevo Pontífice reúne las altas dotes necesarias para el ejercicio del Pontificado en las actuales circunstancias por demás difíciles por que el mundo entero atraviesa y en las que tan importante y acaso decisivo papel habrá de representar el representante de Jesucristo en la tierra.

Benedicto XV, que tal es el nombre adoptado por el nuevo Papa, nació en Génova el día 21 de noviembre de 1854. Hijo de nobilísima familia, pues sus padres fueron el marqués Della Chiesa y la marquesa Migliorati, hizo sus primeros estudios en el Liceo de su ciudad natal y en la Universidad de la misma obtuvo el título de doctor en Derecho civil. Algunos meses después entró en el Colegio Capranica de Roma, cursando en él la carrera eclesiástica y licenciándose en Sagrada Teología. Ordenado de sacerdote el 21 de noviembre de 1878, entró en la Academia de Nobles eclesiásticos, en la que algunos años después había de enseñar Ciencia diplomática, y fué admitido como meritorio en el Secretariado de Negocios Eclesiásticos extraordinarios, del que era jefe el cardenal Rampolla.

Cuando éste fué nombrado Nuncio de Su Santidad en España, en 1882, acompañóle como secretario Della Chiesa, quien permaneció en Madrid hasta que, en 1887, monseñor Rampolla fué creado cardenal y nombrado secretario de Estado por el Papa León XIII. Entonces pasó a Roma como adjunto a la Secretaría, siendo luego nombrado secretario sustituto, cargo que desempeñó durante los últimos años del pontificado de León XIII y los cuatro primeros del de Pío X, e interviniendo activamente en las tareas diplomáticas de los posteriores tiempos de aquel cardenal.

Cuando Pío X subió al solio pontificio, el nuevo Secretario de Estado monseñor Merry del Val depositó también su confianza en monseñor Della Chiesa, le nombró auditor de la Nunciatura en Madrid y aun pensó en nombrarle Nuncio en la corte de España.

Después del fallecimiento del cardenal Svampa, arzobispo de Bolonia, acaecido en 1907, monseñor Della Chiesa fué designado para substituirle en aquella archidiócesis, y consagrado obispo en 22 de diciembre del citado año. Su Santidad Pío X creóle cardenal en el consistorio de 25 de mayo último, con el título de *Sancti Quatro Coronati*.



Monseñor Santiago Della Chiesa, arzobispo de Bolonia, elegido Papa el día 3 del actual y que ha adoptado el nombre de Benedicto XV. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)



La multitud en la plaza de San Pedro esperando la proclamación del nuevo Papa. (De fotografía de Argus.)

Actualmente formaba parte de las Congregaciones del Concilio y Ceremonial.

El nuevo Papa es de carácter en extremo afable, de sencillas costumbres y de piedad acendrada, y ha sido siempre sacerdote ejemplar y modelo de sumisión a sus superiores jerárquicos.

Terminado el escrutinio y proclamado Papa el cardenal Della Chiesa, redactóse el acta oficial de la elección y aceptación, y después que Benedicto XV se hubo revestido los hábitos pontificales, recibió la adoración de los cardenales, a quienes abrazó y bendijo.

Seguidamente el Papa, después de haber recibido de manos de monseñor Della Volpe el anillo del Pescador, se trasladó, acompañado de los cardenales, a sus habitaciones y desde allí a la basílica de San Pedro para dar la bendición.

Después de la proclamación del nuevo Papa, procedióse a abrir la puerta de San Dámaso para introducir a la guardia palatina, a la guardia suiza y a los gendarmes, quienes reanudaron su servicio en el interior del palacio.

En el entretanto, el maestro de ceremonias había hecho colgar la fachada de la basílica de tapices rojos, con lo que se anunciaba al público que se había efectuado la elección, y los miraban en la plaza prorrumperon en aplausos.

Unos minutos después, el cardenal Della Volpe apareció en el balcón anunciando la elección del cardenal Della Chiesa y añadiendo que éste había adoptado el nombre de Benedicto XV.

La multitud acogió la proclamación aplaudiendo calurosamente y entró en la basílica

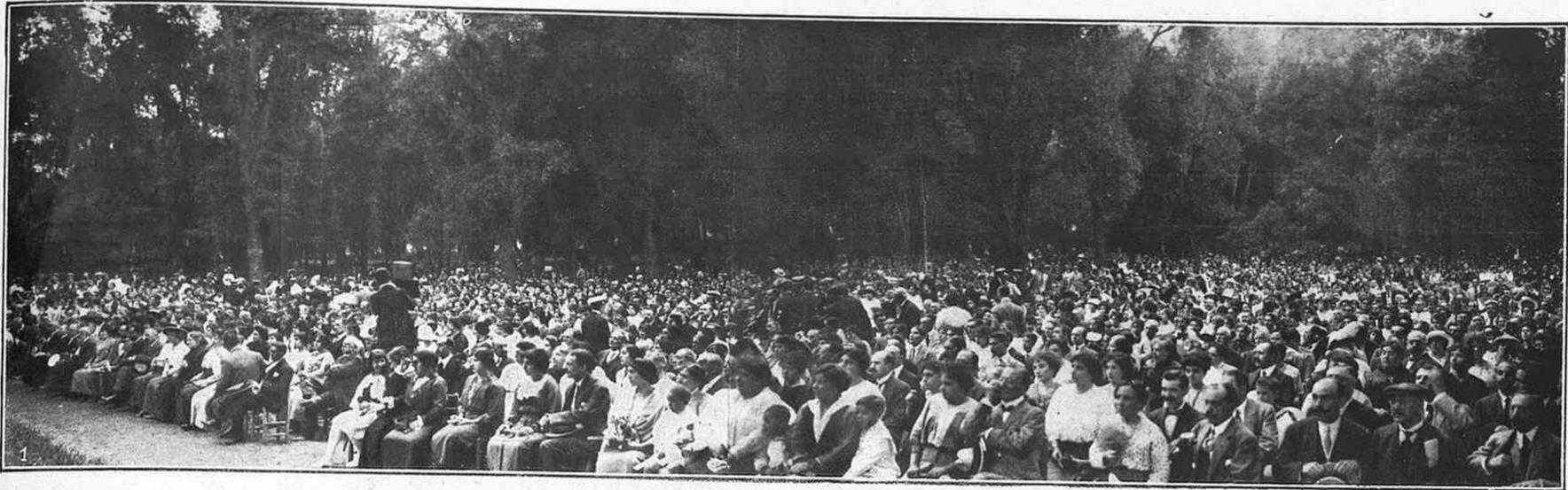
para esperar la primera bendición del nuevo Pontífice.

Poco antes de mediodía, Benedicto XV entró en la tribuna interior de San Pedro, que había sido revestida de rojo con franjas de oro; y apenas apareció la corte pontificia anunciando la llegada del nuevo Papa, el público que llenaba las amplias naves del templo aplaudió calurosamente.

Acto seguido, Benedicto XV salió a la tribuna revestido de los hábitos pontificales y después de las ceremonias de ritual, dió la primera bendición apostólica, que los fieles recibieron de rodillas. Luego se retiró a sus habitaciones siendo saludado por la multitud con aclamaciones entusiastas.

Respecto a cuál será la orientación del nuevo Pastor de la Iglesia, no es aventurado suponer que continúe la política iniciada por León XIII; y su prolongada carrera diplomática, su posición al lado del cardenal Rampolla, permiten esperar que evitará los graves peligros que amenazan a la Iglesia.

El nuevo Papa habitará los mismos aposentos del último piso del Vaticano que ocupaba Pío X.

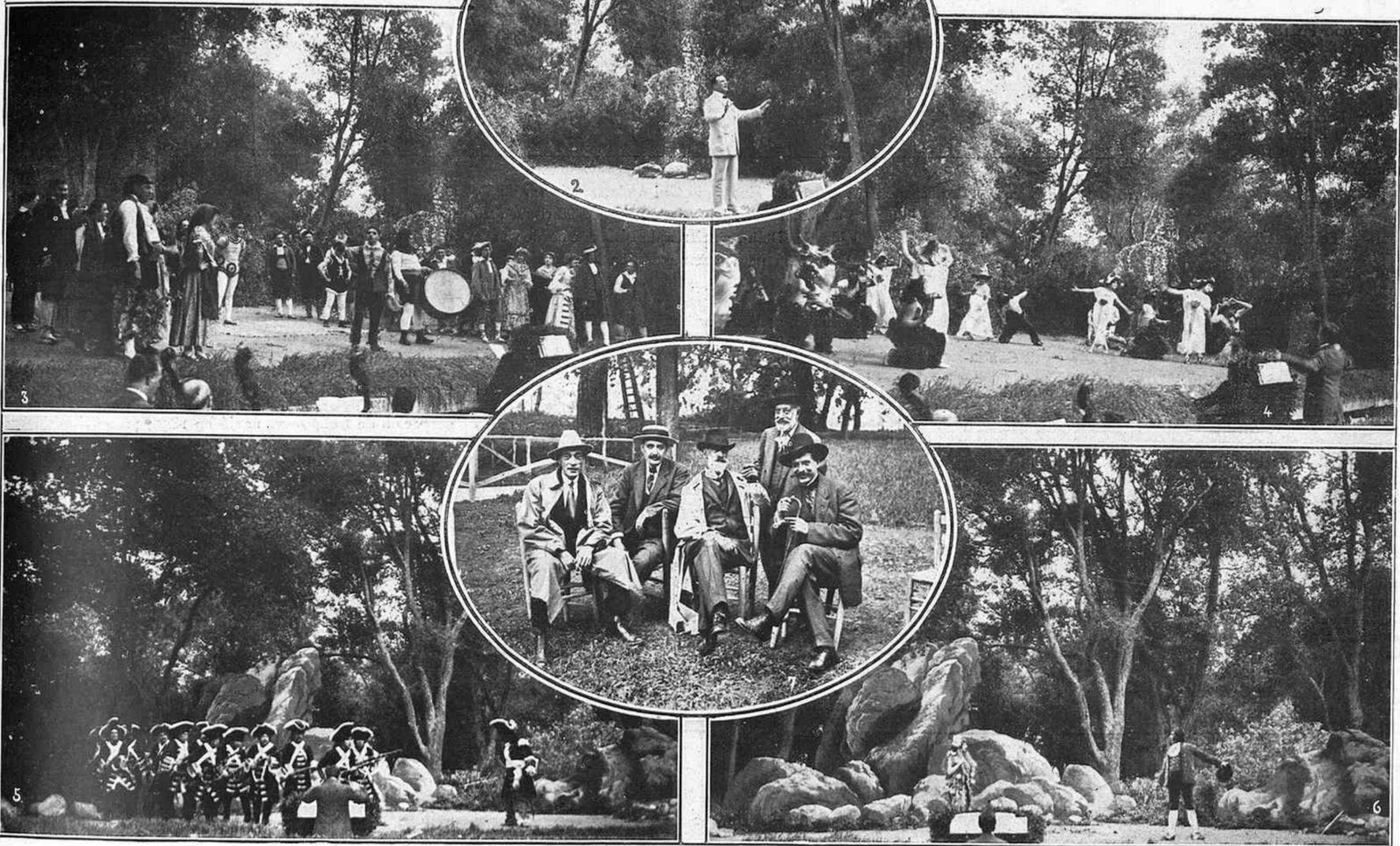


LA GARRIGA

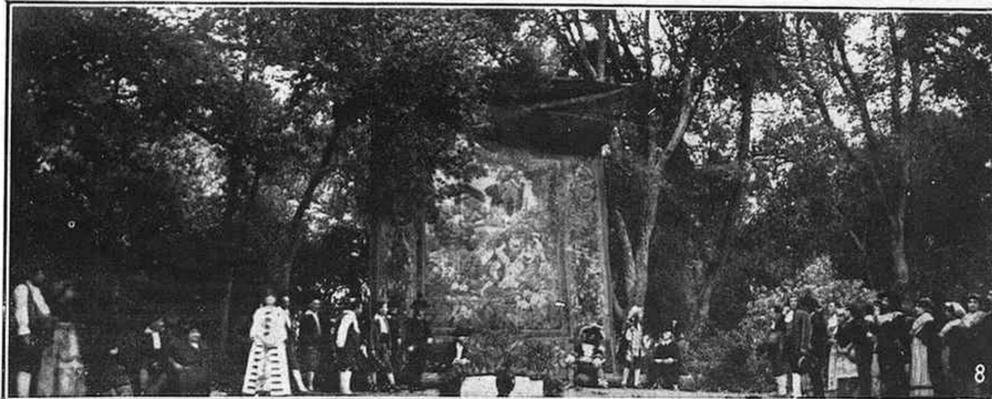
TEATRO DE NATURALEZA
BOSQUE D'EN TARRÉS

LA VIOLA D'OR

LETRA DE APELES MESTRES
MÚSICA DE ENRIQUE MORERA



Hace tres años, en el hermoso bosque d'en Tarrés, de la Garriga, galantemente cedido por su propietario don Carlos de Roselló, dióse la primera función del Teatro de Naturaleza, en la que nos ocupamos en el número 1.550 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Animados por el grandioso éxito de aquella fiesta y deseosos de continuar la obra de alta cultura que con tanto desinterés y patriotismo habían emprendido, sus organizadores decidieron este año repetir el espectáculo representando una obra nueva y confiando la realización de su proyecto a elementos de grandísima valía y de grande y bien ganada reputación en el mundo de las letras y de las artes catalanas; el eminente poeta Apeles Mestres, el inspirado compositor Enrique Morera, el inteligentísimo director escénico Adrián Gual y los insignes escenógrafos Alarma, Moragas, Vilumara y Junyent. De suponer era que de la colaboración de todos ellos resultaría una obra de conjunto perfecta, y así fué realmente: la representación de *La Viola d'or*, que se efectuó el día 30 del pasado mes, superó a todo cuanto pudieron haber esperado los más optimistas y los más entusiastas y deseado los más exigentes. Fué una fiesta incompa-



1. El público. - 2. Enrique Borrás recitando el prólogo. - 3. Escena de los saltimbanquis. - 4. Bailable de sátiros y flores (1.º acto). - 5. La patrulla. - 6. El hada del bosque y Seraff (2.º acto). - 7. Don Carlos de Roselló, propietario del Bosque d'en Tarrés, y los Sres. Alarma, Mestres, Moragas y Morera. - 8. Escena del tribunal (3.º acto). (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

table, en la que la Naturaleza, la Poesía y el Arte íntimamente compenetrados, produjeron una de las más espléndidas manifestaciones de belleza que puedan imaginarse.

El argumento de *La Viola d'or* está tomado de una conseja popular y Apeles Mestres al darle forma escénica ha puesto en la fábula toda la sencillez, toda la poesía, todo el humorismo que tales obras requieren y que tan admirablemente armonizaban con el ambiente del Teatro de Naturaleza. Morera ha escrito una música de encantador carácter regional, sentida unas veces, regocijada otras y siempre inspirada. La presentación fué irreprochable, en su conjunto y en sus detalles. Enrique Borrás recitó magistralmente el prólogo de la obra y las señoras Parici y Mestres y los señores Santpere, Aymerich, Nolla, Balot y demás actores interpretaron con gran acierto sus papeles. La *cobla* «La Principal» de Perelada ejecutó con mucho ajuste la

partitura de Morera. Para todos hubo grandes ovaciones, correspondiendo buena parte de ellas al director artístico Sr. Alarma. Muchos elogios mereció también la Junta presidida por el diputado provincial Sr. Fages, así por su iniciativa como por la perfecta organización de la fiesta.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

EL SACRO COLEGIO DE CARDENALES

Con motivo del cónclave en que ha de ser elegido el sucesor de S. S. Pío X, creemos oportuno e interesante la publicación de la siguiente lista de los cardenales que en la actualidad componen el Sacro Colegio:

Del orden de obispos:

Serafin Vannutelli, cardenal decano, nació en 1834; promovido en 1887.

Antonio Agliardi, cardenal subdecano, nació en 1832; promovido en 1896.

Vicente Vannutelli, cardenal prefecto de la Signatura Apostólica, nació en 1836; promovido en 1890.

Francisco de Paula Casetta, cardenal prefecto de la Congregación de Estudios, nació en 1841; promovido en 1899.

Cayetano de Lai, cardenal secretario de la Congregación Consistorial, nació en 1853; promovido en 1907.

Del orden de los presbíteros:

José Sebastián Netto, franciscano, arzobispo dimisionario de Lisboa, nació en 1841; promovido en 1884.

Santiago Gibbons, cardenal arzobispo de Baltimore, nació en 1834; promovido en 1886.

Angel Di Pietro, cardenal datario, nació en 1828; promovido en 1893.

Miguel Logue, cardenal arzobispo de Armagh, nació en 1840; promovido en 1893.

Andrés Ferrari, cardenal arzobispo de Milán, nació en 1850; promovido en 1894.

Jerónimo María Gotti, cardenal prefecto de la Propaganda Fide, nació en 1834; promovido en 1895.

Domingo Ferrata, cardenal prefecto de la Congregación de Disciplina y de Sacramentos, nació en 1847; promovido en 1896.

José Prisco, cardenal arzobispo de Nápoles, nació en 1836; promovido en 1896.

José M.^a Martín de Herrera, cardenal arzobispo de Santiago de Galicia, nació en 1835; promovido en 1897.

José Francica Nava Di Bontifé, cardenal arzobispo de Catania, nació en 1846; promovido en 1899.

Agustín Richelmy, cardenal arzobispo de Turín, nació en 1850; promovido en 1899.

Sebastián Martinelli, cardenal prefecto de la Congregación de Ritos, nació en 1848; promovido en 1901.

León De Skrbensky, cardenal arzobispo de Praga, nació en 1863; promovido en 1901.

Julio Boschi, cardenal arzobispo de Ferrara, nació en 1838; promovido en 1901.

Bartolomé Bacilieri, cardenal obispo de Verona, nació en 1842; promovido en 1901.

Rafael Merry del Val, cardenal secretario de Estado de Pío X, nació en 1865; promovido en 1903.

Joaquín Arcoverde de Albuquerque Cavalcanti, cardenal arzobispo de San Sebastián de Río Janeiro, nació en 1850; promovido en 1905.

Aristides Cavallari, cardenal patriarca de Venecia, nació en 1849; promovido en 1907.

Aristides Rinaldini, cardenal del título de San Pancracio, nació en 1844; promovido en 1907.

Benito Lorenzelli, cardenal de la Congregación del Índice, nació en 1853; promovido en 1907.

Pedro Maffi, cardenal arzobispo de Pisa, nació en 1858; promovido en 1907.

Francisco Bauer, cardenal arzobispo de Olmütz, nació en 1841; promovido en 1911.

León Adolfo Amette, cardenal arzobispo de París, nació en 1850; promovido en 1911.

Guillermo O'Connell, cardenal arzobispo de Boston, nació en 1860; promovido en 1911.



Barcelona. - Los cardenales españoles monseñores Victoriano Guisasola, arzobispo de Toledo; Enrique Almaraz, arzobispo de Sevilla; José M.^a Cos, arzobispo de Valladolid; José M.^a Martín de Herrera, arzobispo de Santiago de Galicia; y el cardenal portugués monseñor Antonio Mendes Bello, patriarca de Lisboa, a bordo del vapor *Buenos Aires*, que los condujo a Génova, desde donde se dirigieron a Roma para tomar parte en la elección de Papa. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Alejandro Lualdi, cardenal arzobispo de Palermo, nació en 1858; promovido en 1907.

Desiderio Mercier, cardenal arzobispo de Malinas, nació en 1851; promovido en 1907.

Pedro Gasparri, cardenal de la Comisión codificadora del Derecho canónico, nació en 1852; promovido en 1907.

Luis Enrique Luçon, cardenal arzobispo de Reims, nació en 1842; promovido en 1907.

Paulino Pedro Andrieu, cardenal arzobispo de Burdeos, nació en 1849; promovido en 1907.

José M.^a Cos y Macho, cardenal arzobispo de Valladolid, nació en 1838; promovido en 1911.

Diomedes Falconio, de los religiosos Menores, cardenal de la Congregación de religiosos, n. en 1842; promovido en 1911.

Antonio Vico, cardenal de la Congregación de ceremonias, nació en 1847; promovido en 1911.

Jenaro Granito Pignatelli Di Belmonte, cardenal de la Congregación de Negocios eclesiásticos extraordinarios, nació en 1851; promovido en 1911.

Juan M.^a Farley, cardenal arzobispo de Nueva York, nació en 1842; promovido en 1911.

Francisco Bourne, cardenal arzobispo de Westminster, nació en 1861; promovido en 1911.

Victoriano Guisasola, cardenal arzobispo de Toledo, nació en 1852; promovido en 1914.

Del orden de los diáconos:

Francisco de Sales Della Volpe, cardenal prefecto de la Congregación del Índice, nació en 1844; promovido en 1899.

Octavio Cagiano De Azevedo, cardenal prefecto de la Congregación de Religiosos, nació en 1845; promovido en 1905.

Cayetano Bisleti, cardenal de la Congregación del Concilio, nació en 1856; promovido en 1911.

Basilio Pompili, cardenal vicario de Pío X, nació en 1858; promovido en 1911.

Luis Billot, jesuita, cardenal de la Congregación de Estudios, nació en 1846; promovido en 1911.

Guillermo Van Rossun, redentorista, cardenal de la Congregación de Estudios Bíblicos, n. en 1854; promovido en 1911.

Escipión Tecchi, cardenal asesor de la Congregación Consistorial, nació en 1854; promovido en 1914.

Felipe Giustini, cardenal secretario de la Congregación de Sacramentos, nació en 1858; promovido en 1914.

Miguel Lega, cardenal decano de la Rota romana, nació en 1860; promovido en 1914.

Aidano Gasquet, beneditino, cardenal encargado de la revisión de la Vulgata, nació en 1846; promovido en 1914.

Enrique Almaraz Santos, cardenal arzobispo de Sevilla, nació en 1847; promovido en 1911.

Francisco Virgilio Dubillard, cardenal arzobispo de Chambery, nació en 1845; promovido en 1911.

Francisco Anatolio de Roverié de Cabrières, cardenal obispo de Montpellier, nació en 1830; promovido en 1911.

Carlos de Hornig, cardenal obispo de Verzprimia (Hungria), nació en 1840; promovido en 1912.

Antonio Mendes Bello, cardenal patriarca de Lisboa, nació en 1842; promovido en 1914.

Luis Nazario Begin, cardenal arzobispo de Quebec, nació en 1840; promovido en 1914.

Domingo Serafini, cardenal asesor del Santo Oficio, nació en 1852; promovido en 1914.

Santiago Della Chiesa, cardenal arzobispo de Bolonia, nació en 1854; promovido en 1914.

Juan Csernoch, cardenal arzobispo de Strigonia, nació en 1852; promovido en 1914.

Francisco de Bettinger, cardenal arzobispo de Mónaco, nació en 1850; promovido en 1914.

Ireneo Sévin, cardenal arzobispo de Lyon, nació en 1852; promovido en 1914.

Félix De Hartmann, cardenal arzobispo de Colonia, nació en 1851; promovido en 1914.

Gustavo Piffil, cardenal arzobispo de Viena, nació en 1864; promovido en 1914.



S. M. el emperador Guillermo II de Alemania

El Emperador Guillermo II, íntimo

POR D. Juan B. Enseñat, CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

EDICION ILUSTRADA

La presente guerra europea ha venido a dar un palpitante interés de actualidad a esta obra que ya obtuvo extraordinario éxito a raíz de su publicación, todavía reciente.

En ella encontrará el lector la explicación de muchas cosas que en el actual conflicto y principalmente en la acción germánica han sorprendido, desde el primer momento, y sorprenderán sin duda aun mucho más a los que no estén iniciados en ciertas interioridades de la política alemana ni en el íntimo modo de ser de Guillermo II.

En esta obra se presenta al Emperador en su intimidad más desconocida y en su trato particular con ministros, colaboradores, ayudantes, cortesanos y amigos.

Con el monarca, se da a conocer la corte que en torno de él se mueve, y, al relato de anécdotas curiosas, de frivolidades picantes, acompañan revelaciones sobre las interioridades de la política alemana, dignas de excitar vivamente la más legítima curiosidad.

Un tomo lujosamente encuadernado e ilustrado con protusión de grabados. Precio, 6 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN